LIBRO 7

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

SALVADOS PARA SIEMPRE

La obra completa de Cristo,
la gracia que rescata y
la vida nueva que comienza en la cruz



Por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros,
pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe.
EFESIOS 2:8-9

ROGER D. MUÑOZ

CRISTO LIBERA
GLOBAL THEOLOGICAL INSTITUTE

SERIE: FUNDAMENTOS DE LA DOCTRINA CRISTIANA

LIBRO 7

SALVADOS PARA SIEMPRE

La obra completa de Cristo, la gracia que rescata y la vida nueva que comienza en la cruz

Roger D. Muñoz

Edición digital gratuita

SALVADOS PARA SIEMPRE

La obra completa de Cristo, la gracia que rescata y la vida nueva que comienza en la cruz

Roger D. Muñoz · Editorial Cristo Libera

Este libro se comparte gratuitamente en PDF. Se autoriza su distribución íntegra entre familiares, amigos, congregaciones y grupos de estudio, conservando el nombre del autor y los créditos de la obra.

La venta, la modificación o la reproducción parcial con fines comerciales requieren autorización del titular de los derechos.

Esta edición conserva el prólogo, la introducción, los diez capítulos y los textos complementarios del libro original.

Ministerio Cristo Libera Internacional: www.cristolibera.org

Instituto: www.cristoliberainstitute.org

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Contenido

Prólogo 6

Introducción 16

CAPÍTULO 1 CUANDO EL SER HUMANO SE ALEJÓ DE DIOS 18

El pecado, la caída y la necesidad de un Salvador

CAPÍTULO 2 CUANDO NUESTRAS OBRAS NO SON SUFICIENTES 77

La imposibilidad de salvarnos a nosotros mismos y la necesidad absoluta de la gracia

CAPÍTULO 3 LA GRACIA QUE RESCATA 87

El amor inmerecido de Dios revelado en Jesucristo

Contenido · continuación

CAPÍTULO 4 LA CRUZ DONDE CRISTO TOMÓ NUESTRO LUGAR 96

Sustitución, perdón, reconciliación y victoria en el sacrificio de Jesús

CAPÍTULO 5 ARREPENTIRSE Y CREER 148

La respuesta del corazón al Evangelio de Jesucristo

CAPÍTULO 6 JUSTIFICADOS POR LA FE 157

Declarados justos delante de Dios por la obra perfecta de Jesucristo

CAPÍTULO 7 NACIDOS DE NUEVO 166

Regeneración, vida nueva y transformación por el Espíritu Santo

CAPÍTULO 8 ADOPTADOS EN LA FAMILIA DE DIOS 222

Nuestra nueva identidad como hijos, herederos y miembros del pueblo de Dios

Contenido · continuación

CAPÍTULO 9 TRANSFORMADOS DÍA TRAS DÍA 272

La santificación, la lucha contra el pecado y el crecimiento a la imagen de Cristo

CAPÍTULO 10 GUARDADOS HASTA EL FINAL 282

Perseverancia, seguridad de salvación y esperanza de glorificación

PRÓLOGO

La pregunta que ningún ser humano puede evitar

Había un hombre encerrado en una cárcel.

No sabemos su nombre.

La Biblia simplemente lo llama:

el carcelero de Filipos.

Era una noche normal de trabajo.

Pablo y Silas estaban bajo su responsabilidad.

Habían sido golpeados.

Sus espaldas estaban heridas.

Sus pies habían sido asegurados en el cepo.

La orden era clara:

Vigilarlos.

Que no escaparan.

Pero aproximadamente a la medianoche ocurrió algo que aquel hombre nunca olvidaría.

Pablo y Silas estaban orando.

Y cantaban himnos a Dios.

Los demás presos escuchaban.

Entonces, repentinamente, ocurrió un gran terremoto.

Los cimientos de la cárcel se sacudieron.

Las puertas se abrieron.

Las cadenas se soltaron.

El carcelero despertó.

Miró las puertas abiertas.

Y pensó que todos los prisioneros habían escapado.

Sacó su espada.

Estaba dispuesto a quitarse la vida.

Entonces escuchó una voz.

Era Pablo:

“No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí”.

Hechos 16:28.

El hombre pidió luz.

Entró corriendo.

Temblando, cayó delante de Pablo y Silas.

Entonces hizo una de las preguntas más importantes que un ser humano puede hacer:

“Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?”

Hechos 16:30.

Pablo y Silas respondieron:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”.

Hechos 16:31.

Aquella noche comenzó con un hombre vigilando una prisión.

Terminó con una familia escuchando la Palabra de Dios.

Comenzó con cadenas.

Terminó con gozo.

Comenzó con desesperación.

Terminó con salvación.

Esa historia continúa ocurriendo.

Tal vez no siempre hay un terremoto.

Tal vez no siempre hay una cárcel.

Pero en algún momento todo ser humano necesita enfrentar la misma pregunta:

¿Qué debo hacer para ser salvo?

Esa pregunta está detrás de este libro.

Porque podemos hablar de guerra espiritual.

Podemos hablar de autoridad.

Podemos hablar de dones.

Podemos hablar del Espíritu Santo.

Podemos hablar de misión.

Pero debemos comprender correctamente el Evangelio.

¿Qué significa ser salvo?

¿De qué somos salvados?

¿Por qué necesitamos salvación?

¿Qué hizo Cristo en la cruz?

¿Qué es la gracia?

¿Qué es el arrepentimiento?

¿Qué significa creer?

¿Qué es la justificación?

¿Qué significa nacer de nuevo?

¿Qué es la adopción?

¿Qué lugar tienen las buenas obras?

¿Puede una persona salvarse a sí misma?

¿Cómo puede alguien tener seguridad de salvación?

¿Qué ocurre después de creer?

Estas preguntas no son asuntos secundarios.

Estamos hablando de la eternidad.

Estamos hablando del Evangelio.

Estamos hablando de la obra de Jesucristo.

Por eso este libro no fue escrito solamente para llenar una biblioteca.

Fue escrito para que el lector pueda comprender la salvación, vivir agradecido por ella y anunciarla con claridad a otros.

Porque una Iglesia que no comprende el Evangelio puede tener actividades y perder el mensaje.

Puede tener edificios y perder el mensaje.

Puede tener redes sociales y perder el mensaje.

Puede tener música y perder el mensaje.

Puede tener conferencias y perder el mensaje.

Puede incluso utilizar constantemente la palabra **Cristo** y no explicar claramente lo que Cristo hizo.

Por eso necesitamos regresar al centro.

A la cruz.

A la tumba vacía.

A la gracia.

A la fe.

A Jesucristo.

Este libro es una invitación a caminar por la historia de la salvación.

Comenzaremos con una pregunta dolorosa:

¿Qué ocurrió con el ser humano?

Después veremos por qué nuestras propias obras no pueden salvarnos.

Caminaremos hacia la cruz.

Veremos a Cristo tomando nuestro lugar.

Hablaremos del arrepentimiento y la fe.

De la justificación.

Del nuevo nacimiento.

De la adopción.

De la santificación.

De la perseverancia.

Y finalmente de la glorificación.

Pero quiero pedirle algo antes de comenzar.

No lea estas páginas solamente pensando en otras personas.

No piense:

“Esto le serviría a mi vecino”.

“Esto necesita escucharlo mi hijo”.

“Esto deberían enseñarlo en aquella iglesia”.

Comience por usted.

Pregúntese:

¿He comprendido verdaderamente el Evangelio?

¿Estoy confiando en Cristo o en mi propia justicia?

¿Mi fe ha producido una nueva dirección en mi vida?

¿Vivo como hijo o todavía pienso como esclavo?

¿Estoy creciendo?

¿Estoy anunciando a otros la salvación que he recibido?

Porque el Evangelio no es solamente la puerta por donde entramos.

Es la verdad en la que caminamos todos los días.

Cuando caemos, miramos a Cristo.

Cuando vencemos, damos gloria a Cristo.

Cuando servimos, lo hacemos por la gracia de Cristo.

Cuando sufrimos, nuestra esperanza está en Cristo.

Cuando morimos, nuestra esperanza sigue siendo Cristo.

Y cuando estemos delante de Dios, no presentaremos nuestros títulos.

Ni nuestros libros.

Ni nuestros años de ministerio.

Ni nuestras posiciones.

Ni nuestras obras como fundamento de salvación.

Nuestra esperanza tiene un nombre:

Jesucristo.

Por eso comenzamos este nuevo camino.

Con humildad.

Con la Biblia abierta.

Con gratitud.

Y con una misión urgente.

Porque mientras nosotros estudiamos estas verdades, millones de personas todavía no conocen el Evangelio.

Algunas viven cerca.

Otras están en ciudades lejanas.

Otras hablan idiomas diferentes.

Otras nunca entrarán inicialmente a un templo, pero podrían escuchar un mensaje en un teléfono.

Leer un libro.

Entrar a un centro de formación.

Conversar con un capellán.

Escuchar a un creyente en su trabajo.

Recibir una visita.

O encontrar a alguien que pueda explicarles con claridad:

Quién es Jesús.

Qué hizo en la cruz.

Por qué resucitó.

Y cómo pueden ser salvos.

Esa es nuestra responsabilidad.

No podemos salvar a nadie.

Solo Dios salva.

Pero sí podemos anunciar.

Podemos enseñar.

Podemos enviar.

Podemos escribir.

Podemos traducir.

Podemos formar.

Podemos ir.

Podemos orar.

Y podemos decirle al mundo que todavía hay esperanza.

La salvación no está en una religión.

No está en un sistema humano.

No está en nuestras propias obras.

La salvación está en Jesucristo.

Así que abramos la Biblia.

Preparemos el corazón.

Y avancemos.

Porque hay una verdad que el mundo necesita escuchar.

Cristo salva.

Y mientras haya una persona que todavía no lo sepa, nuestra misión no ha terminado.

Seguimos avanzando.

¡Vamos con todo, con Cristo!

INTRODUCCIÓN

Una salvación tan grande que no podemos descuidarla

El escritor de Hebreos hizo una pregunta:

"¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?"

Hebreos 2:3.

Una salvación tan grande.

Eso es lo que comenzaremos a estudiar.

No una pequeña mejora de conducta.

No un programa de superación personal.

No una segunda oportunidad para que el hombre intente salvarse por sus propias fuerzas.

La salvación bíblica es mucho más grande.

Es Dios buscando al perdido.

Cristo muriendo por pecadores.

El Espíritu dando vida.

El culpable siendo justificado.

El enemigo siendo reconciliado.

El esclavo siendo libertado.

El extraño siendo adoptado.

El muerto recibiendo vida.

Y el creyente caminando hacia una gloria que todavía no puede imaginar completamente.

Esta es la historia que comenzaremos a recorrer.

Y comenzaremos donde la Biblia nos obliga a comenzar:

con el problema del pecado y la necesidad universal de salvación.

CAPÍTULO 1

CUANDO EL SER HUMANO SE ALEJÓ DE DIOS

El pecado, la caída y la necesidad de un Salvador

CAPÍTULO 1

CUANDO EL SER HUMANO SE ALEJÓ DE DIOS

El pecado, la caída y la necesidad de un Salvador

Todo comenzó en un jardín.

No en una cárcel.

No en un campo de batalla.

No en medio de una enfermedad.

No entre pobreza, violencia o destrucción.

Comenzó en un lugar preparado por Dios.

Había vida.

Había abundancia.

Había comunión.

Había propósito.

El ser humano no fue creado huyendo de Dios.

Fue creado para vivir en comunión con Él.

Adán y Eva no conocían la vergüenza que hoy atormenta a millones.

No conocían el miedo.

No conocían el odio.

No conocían la enfermedad.

No conocían los cementerios.

No conocían las guerras.

No conocían las lágrimas de una madre frente a la muerte de un hijo.

No conocían el dolor de una traición.

No conocían la violencia.

No conocían las cadenas de la adicción.

No conocían el peso de la culpa.

No conocían la muerte.

Pero algo ocurrió.

Una voz entró en aquella historia.

Una pregunta fue sembrada.

Una mentira fue creída.

Una decisión fue tomada.

Y el mundo nunca volvió a ser el mismo.

La serpiente dijo a la mujer:

"¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?"

Génesis 3:1.

Observe la estrategia.

La primera batalla registrada no comenzó con una espada.

Comenzó con una conversación.

Con una pregunta.

Con una distorsión.

Con una mentira acerca de Dios.

La serpiente quería que la mujer dudara de la Palabra de Dios y sospechara del carácter de Dios.

Esa estrategia continúa hasta hoy.

El pecado muchas veces comienza cuando el ser humano cree que sabe mejor que Dios lo que necesita para ser feliz.

Cuando mira el límite establecido por Dios y piensa:

Dios me está quitando algo bueno.

Cuando escucha la Palabra, pero decide:

Yo voy a hacerlo a mi manera.

Ese fue el comienzo de una tragedia.

Pero para comprender la grandeza de la salvación, primero debemos comprender la profundidad de aquello de lo que necesitamos ser salvados.

Porque nadie busca un Salvador si cree que no necesita ser salvado.

1. Fuimos creados por Dios y para Dios

Antes de hablar del pecado, debemos recordar la creación.

El ser humano no es un accidente.

No apareció sin propósito.

La Biblia dice:

“Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó”.

Génesis 1:27.

Hay dignidad en el ser humano porque fue creado a imagen de Dios.

Cada persona tiene valor.

El niño.

El anciano.

El enfermo.

El pobre.

El preso.

El extranjero.

La persona que puede hacer algo por nosotros.

Y también aquella que no puede ofrecernos nada.

El valor humano no depende de la cuenta bancaria.

Ni de la educación.

Ni de la nacionalidad.

Ni de la productividad.

Ni de la posición social.

Fuimos creados a imagen de Dios.

Pero también fuimos creados para vivir bajo el gobierno de Dios.

Ahí se encuentra el punto que nuestra generación muchas veces no quiere aceptar.

Queremos la dignidad de haber sido creados por Dios.

Pero no siempre queremos la responsabilidad de vivir bajo su autoridad.

Queremos sus bendiciones.

Pero no sus mandamientos.

Queremos que nos proteja.

Pero no que nos gobierne.

Queremos cielo.

Pero no siempre queremos Señor.

Sin embargo, no podemos comprender al ser humano correctamente si lo separamos de su Creador.

Fuimos creados por Él.

Y para Él.

2. El pecado fue una rebelión contra Dios

A veces hablamos del pecado como si fuera solamente cometer errores.

“Todos cometemos errores”.

Es verdad.

Pero el pecado es más profundo.

El pecado es rebelión contra Dios.

Es rechazar su autoridad.

Es cruzar el límite que Él estableció.

Es decidir vivir como si nosotros fuéramos nuestros propios dioses.

Dios había dado una instrucción clara a Adán:

“De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás”.

Génesis 2:16-17.

Observe algo.

Había abundancia.

Dios no había colocado al ser humano en un desierto para después prohibirle la única fruta disponible.

Había provisión.

Libertad.

Propósito.

Y un límite.

El problema no era hambre.

Era obediencia.

El pecado siempre intenta convencernos de que la libertad consiste en vivir sin límites.

Pero después descubrimos algo doloroso:

Aquello que prometía libertad termina produciendo esclavitud.

3. La mentira prometió algo que no podía entregar

La serpiente dijo:

“Seréis como Dios”.

Génesis 3:5.

Esa es una de las raíces más profundas del pecado.

El deseo de ocupar el lugar que pertenece a Dios.

Yo decido lo bueno.

Yo decido lo malo.

Yo gobierno mi vida.

Yo establezco mi verdad.

Yo no respondo ante nadie.

El pecado promete autonomía.

Pero produce esclavitud.

Promete placer.

Pero muchas veces deja vacío.

Promete control.

Pero termina controlando.

Promete que no habrá consecuencias.

Pero las consecuencias llegan.

Jesús dijo:

“Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado”.

Juan 8:34.

El pecado es un amo cruel.

Nunca queda satisfecho.

Siempre pide más.

4. Después del pecado vino la vergüenza

Adán y Eva comieron.

Y algo cambió inmediatamente.

La Biblia dice:

“Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos”.

Génesis 3:7.

Antes había inocencia.

Ahora había vergüenza.

Entonces hicieron algo que la humanidad continúa haciendo:

Intentaron cubrirse.

Tomaron hojas de higuera.

Las cosieron.

Fabricaron una cobertura.

Aquí aparece una imagen poderosa de la historia humana.

El hombre pecó.

Sintió vergüenza.

Y trató de cubrirse a sí mismo.

Eso seguimos haciendo.

Nos cubrimos con religión.

Con buenas obras.

Con títulos.

Con dinero.

Con reputación.

Con actividad.

Con comparaciones.

Decimos:

“Yo no soy tan malo como aquella persona”.

Pero ninguna hoja humana puede resolver el problema del pecado.

Necesitamos algo que nosotros no podemos producir.

Necesitamos que Dios intervenga.

5. Después de la vergüenza vino el escondite

La Biblia dice que Adán y Eva:

“Se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto”.

Génesis 3:8.

Qué escena tan triste.

El ser humano creado para la comunión con Dios ahora se esconde de Él.

El pecado siempre produce separación.

Todavía ocurre.

Una persona comienza a vivir en desobediencia.

Entonces deja de orar.

Evita la Palabra.

Se aleja de la comunidad.

No quiere hablar con nadie que pueda confrontarla.

Se esconde.

Pero Dios preguntó:

“¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9.

Dios sabía dónde estaba Adán.

La pregunta no buscaba información geográfica.

Era una confrontación.

Adán, ¿dónde estás?

Esa pregunta sigue resonando.

¿Dónde estás?

¿Dónde estás en tu relación con Dios?

¿Dónde estás en tu matrimonio?

¿Dónde estás en tu integridad?

¿Dónde estás en tu vida secreta?

¿Dónde estás en tu llamado?

¿Dónde estás?

La salvación comienza cuando dejamos de escondernos y reconocemos nuestra verdadera condición.

6. El pecado dañó nuestras relaciones

Cuando Dios confrontó a Adán, él respondió:

“La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí”.

Génesis 3:12.

Observe lo que ocurrió.

Primero se escondió.

Después culpó.

La relación con Dios fue afectada.

La relación matrimonial fue afectada.

La relación con uno mismo fue afectada.

La relación con la creación fue afectada.

El pecado nunca queda aislado.

Pensamos:

“Esta es mi vida”.

“Esta es mi decisión”.

“No estoy dañando a nadie”.

Pero el pecado se extiende.

Una mentira produce otra.

Una infidelidad hiere una familia.

Una adicción afecta a quienes viven alrededor.

La corrupción roba oportunidades a otros.

La violencia deja heridas durante generaciones.

El pecado tiene consecuencias personales y también sociales.

7. El pecado entró en la historia humana

Pablo escribió:

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte”.

Romanos 5:12.

La caída no fue solamente un problema privado entre Adán y Dios.

Sus consecuencias entraron en la historia humana.

El mundo que conocemos está quebrantado.

Hay belleza.

Porque la creación sigue mostrando la gloria de Dios.

Hay amor.

Hay familia.

Hay creatividad.

Hay actos de bondad.

Pero también existe algo profundamente roto.

No necesitamos ser teólogos para observarlo.

Solo necesitamos mirar las noticias.

O visitar un hospital.

O entrar en una prisión.

O escuchar a una madre que perdió a su hijo.

O conversar con una persona atrapada durante años en una adicción.

O mirar la historia de las guerras.

Algo está mal.

La Biblia le da un nombre:

pecado.

8. La muerte no formaba parte de la celebración del Edén

Dios había advertido:

“Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”.

Génesis 2:17.

La muerte entró como consecuencia del pecado.

Y desde entonces, toda generación ha tenido que enfrentarla.

Podemos desarrollar tecnología.

Construir ciudades.

Viajar al espacio.

Crear inteligencia artificial.

Prolongar la expectativa de vida.

Pero todavía no hemos podido eliminar la muerte.

El rico muere.

El pobre muere.

El famoso muere.

El desconocido muere.

El poderoso muere.

El débil muere.

La muerte nos recuerda que algo está roto.

Por eso el Evangelio no es un mensaje superficial de pensamiento positivo.

El Evangelio enfrenta al enemigo que nosotros no podemos vencer.

Cristo vino a vencer el pecado y la muerte.

9. Todos hemos pecado

Tal vez alguien diga:

“Pero yo no estaba en el jardín”.

Es verdad.

Pero el problema no termina en Adán.

Pablo escribió:

“Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”.

Romanos 3:23.

Todos.

El religioso.

El ateo.

El rico.

El pobre.

El educado.

El analfabeto.

El predicador.

El oyente.

Todos necesitamos gracia.

Esto destruye el orgullo espiritual.

No existen dos grupos llamados:

“Las personas malas que necesitan salvación”

y

“Las personas buenas que no la necesitan”.

Hay pecadores que necesitan un Salvador.

La diferencia entre el creyente y el incrédulo no es que uno nunca necesitó gracia.

Es que uno ha corrido hacia Cristo para recibirla.

10. El pecado no es solamente lo que hacemos

Aquí debemos profundizar.

Muchas veces pensamos:

“Pecado es robar, matar, adulterar”.

Sí.

Esas acciones pueden ser pecado.

Pero Jesús fue más profundo.

Habló del corazón.

Del odio.

De la codicia.

De la lujuria.

De la hipocresía.

Del orgullo.

El problema humano no está solamente en las manos.

Está en el corazón.

Jesús dijo:

“Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos”.

Marcos 7:21.

Por eso la solución no puede ser solamente externa.

Necesitamos un corazón nuevo.

11. Podemos limpiar el exterior y seguir lejos de Dios

Los fariseos eran expertos en apariencia religiosa.

Jesús les dijo:

“Limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia”.

Mateo 23:25.

Es posible parecer espiritual.

Hablar como cristiano.

Vestirse como cristiano.

Asistir a reuniones cristianas.

Conocer canciones cristianas.

Tener una Biblia.

Y todavía necesitar una verdadera transformación interior.

La salvación no es maquillaje religioso.

Es vida nueva.

12. El pecado también puede vestirse de religión

Pensemos en el hermano mayor de la parábola del hijo pródigo.

El hijo menor se fue de casa.

Desperdició los bienes.

Vivió perdidamente.

Su pecado era visible.

Pero el hermano mayor permaneció en casa.

Trabajó.

Obedeció externamente.

Y cuando el padre recibió al hijo perdido, el corazón del hermano mayor quedó expuesto.

Había resentimiento.

Orgullo.

Superioridad.

También estaba lejos del corazón del padre, aunque nunca había salido físicamente de la casa.

Lucas 15 nos muestra dos maneras de estar perdido.

La rebelión abierta.

Y la justicia propia.

Ambas necesitan gracia.

13. El pecador religioso también necesita salvación

Nicodemo era un hombre religioso.

Jesús no le dijo:

“Como conoces la Ley, ya estás bien”.

Le dijo:

“Os es necesario nacer de nuevo”.

Juan 3:7.

Esto es profundamente importante.

La religión no salva.

La denominación no salva.

La tradición familiar no salva.

Haber crecido en una iglesia no salva.

Tener padres cristianos no salva.

Ser pastor no salva.

Ser capellán no salva.

Ser maestro no salva.

Escribir libros no salva.

Cristo salva.

Y todos necesitamos nacer de nuevo.

14. El pecado produce culpa real

Vivimos en una época donde muchas personas quieren eliminar toda idea de culpa.

Es cierto que existe culpa falsa.

Personas que se culpan por cosas que no hicieron.

Víctimas que cargan vergüenza que pertenece al agresor.

Personas manipuladas religiosamente.

Eso debe ser tratado con verdad y compasión.

Pero también existe culpa real.

Cuando pecamos, somos responsables delante de Dios.

David, después de su pecado, oró:

“Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”.

Salmo 51:4.

David había dañado a personas.

Pero comprendió que, en lo más profundo, el pecado es una ofensa contra Dios.

La buena noticia es que donde existe culpa real, existe también un Salvador real.

15. No podemos curarnos negando la enfermedad

Imagine a un médico que descubre una enfermedad seria.

Pero piensa:

“No quiero incomodar al paciente”.

Entonces le dice:

“Todo está perfecto. Váyase tranquilo”.

¿Sería amor?

No.

Sería irresponsabilidad.

De la misma manera, el Evangelio primero nos dice la verdad acerca de nuestra condición.

No para destruirnos.

Sino para mostrarnos por qué necesitamos a Cristo.

Jesús dijo:

“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”.

Marcos 2:17.

Si pensamos que estamos espiritualmente sanos, nunca buscaremos al Médico.

16. Ninguna comparación puede justificarnos

Una de las formas más comunes de evitar la verdad es compararnos.

“Yo nunca he matado a nadie”.

“Yo soy mejor que mi vecino”.

“Yo ayudo a la gente”.

“Yo no soy como esas personas”.

Pero Dios no nos juzga comparándonos con la peor persona que conocemos.

Su estándar es su propia santidad.

Imagine que tres personas intentan saltar desde una playa hasta una isla situada a cien kilómetros.

Una salta un metro.

Otra dos.

Otra cuatro.

La tercera puede sentirse orgullosa porque saltó más lejos.

Pero ninguna llegó a la isla.

La comparación entre ellas no resuelve el problema.

Todos estamos:

“Destituidos de la gloria de Dios”.

Romanos 3:23.

Necesitamos salvación.

17. La Ley revela nuestra condición

Pablo escribió:

“Por medio de la ley es el conocimiento del pecado”.

Romanos 3:20.

La Ley funciona como un espejo.

El espejo muestra que nuestro rostro está sucio.

Pero el espejo no puede lavarlo.

La Ley revela.

Muestra la santidad de Dios.

Expone nuestro pecado.

Cierra nuestra boca.

Nos muestra que necesitamos gracia.

El problema comienza cuando intentamos utilizar el espejo como jabón.

La Ley puede mostrar nuestra condición.

Pero no puede justificar al pecador.

Necesitamos a Cristo.

18. El joven rico pensaba que estaba bien

Un joven se acercó a Jesús.

Tenía posición.

Recursos.

Moralidad externa.

Preguntó:

“Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?”

Mateo 19:16.

La conversación reveló algo.

Su corazón estaba atado a sus riquezas.

Exteriormente parecía correcto.

Pero Jesús tocó el lugar que gobernaba su corazón.

El joven se fue triste.

No basta decir:

“Yo soy buena persona”.

La pregunta es:

¿Quién ocupa el trono de mi vida?

19. El pecado promete libertad y produce cadenas

He visto este patrón muchas veces.

Al principio, la persona dice:

“Yo controlo esto”.

Después dice:

“Puedo dejarlo cuando quiera”.

Después intenta dejarlo.

Y descubre que no puede.

Lo que comenzó como una decisión se convirtió en un hábito.

El hábito se convirtió en una cadena.

Esto puede ocurrir con sustancias.

Pornografía.

Apuestas.

Mentira.

Ira.

Codicia.

Necesidad de aprobación.

Muchas formas de esclavitud.

Jesús dijo:

“Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”.

Juan 8:36.

El Evangelio anuncia libertad verdadera.

20. La esclavitud más peligrosa es la que no reconocemos

Un preso sabe que está en una cárcel.

Puede ver las paredes.

Las rejas.

La puerta cerrada.

Pero una persona espiritualmente esclavizada puede pensar que es completamente libre.

Eso hace la situación más peligrosa.

Pablo escribió acerca de quienes estaban:

“Muertos en vuestros delitos y pecados”.

Efesios 2:1.

Un muerto no necesita solamente consejo.

Necesita vida.

Por eso el Evangelio no es:

“Esfuérzate un poco más”.

Es:

Dios da vida al que estaba muerto.

21. Muertos espiritualmente, pero activos físicamente

La expresión “muertos en delitos y pecados” no significa que la persona no pueda trabajar.

Amar a sus hijos.

Construir una empresa.

Crear arte.

Estudiar.

Ayudar a alguien.

Significa separación espiritual de Dios y una condición de incapacidad para salvarse a sí misma.

Una persona puede estar muy activa y todavía necesitar reconciliación con Dios.

Puede tener una agenda llena.

Y un alma vacía.

Puede ser conocida por millones.

Y desconocer a Cristo.

22. El pecado afecta nuestra manera de pensar

Pablo habló de personas que:

“Se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido”.

Romanos 1:21.

El pecado no afecta solamente nuestra conducta.

Afecta la manera en que interpretamos la realidad.

Podemos justificar lo injustificable.

Llamar bueno a lo malo.

Y malo a lo bueno.

Crear argumentos para defender aquello que deseamos hacer.

Por eso necesitamos renovación de la mente.

La salvación comienza a transformar también nuestra manera de pensar.

23. El pecado afecta nuestros deseos

Santiago explicó:

“Cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”.

Santiago 1:14.

No podemos culpar al diablo por todo.

Sí, existe tentación espiritual.

Pero también existen deseos desordenados dentro del corazón humano.

La Biblia nos llama a asumir responsabilidad.

El enemigo puede tentar.

Pero nosotros necesitamos aprender a decir no.

Necesitamos la gracia de Dios.

El poder del Espíritu.

La verdad de la Palabra.

Y decisiones concretas de obediencia.

24. El pecado afecta estructuras y sociedades

Cuando personas pecadoras construyen sistemas, el pecado también puede manifestarse colectivamente.

Corrupción.

Explotación.

Violencia.

Injusticia.

Trata de personas.

Abuso de poder.

Guerras.

El Evangelio comienza transformando personas, pero una persona transformada no puede ser indiferente al sufrimiento de su prójimo.

Zaqueo encontró a Jesús.

Y su relación con el dinero cambió.

Lucas 19.

La salvación toca el corazón.

Y después comienza a tocar la manera de vivir.

25. Caín: el pecado creciendo a la puerta

Después de la caída, la siguiente gran historia familiar es dolorosa.

Caín y Abel.

Dios advirtió a Caín:

“El pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él”.

Génesis 4:7.

Caín no gobernó su ira.

Mató a su hermano.

Observe cómo avanza el pecado.

Génesis 3: desobediencia.

Génesis 4: homicidio.

Después la violencia continúa creciendo.

El pecado no es un juguete.

Si se alimenta, crece.

26. David: un hombre de Dios también necesitó arrepentimiento

David amaba a Dios.

Pero cayó terriblemente.

Adulterio.

Engaño.

Abuso de poder.

Muerte.

Durante un tiempo intentó ocultarlo.

Pero Dios envió a Natán.

Y cuando fue confrontado, David dijo:

“Pequé contra Jehová”.

2 Samuel 12:13.

El Salmo 51 nos permite escuchar su corazón quebrantado.

Esto nos enseña algo importante.

La madurez espiritual no consiste en pensar:

“Yo nunca podría caer”.

Consiste también en caminar con vigilancia, humildad y disposición para arrepentirnos cuando somos confrontados.

27. El pecado escondido sigue haciendo daño

David escribió:

“Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día”.

Salmo 32:3.

Esconder no sana.

Confesar abre el camino hacia la restauración.

Juan escribió:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”.

1 Juan 1:9.

Dios no nos llama a vivir fingiendo perfección.

Nos llama a caminar en la luz.

28. Judas estuvo cerca de Jesús, pero su corazón no estaba rendido

Judas escuchó enseñanzas que nosotros solamente podemos leer.

Vio milagros.

Caminó con los discípulos.

Participó de experiencias extraordinarias.

Pero la cercanía externa con lo sagrado no transforma automáticamente el corazón.

Podemos estar cerca de una iglesia.

Cerca de un ministerio.

Cerca de un líder.

Cerca de actividades espirituales.

Y todavía necesitar rendición verdadera.

No es suficiente estar cerca de las cosas de Dios.

Necesitamos pertenecer a Cristo.

29. Pedro también falló, pero regresó

Pedro negó a Jesús.

Tres veces.

Su fracaso fue real.

Pero su historia no terminó allí.

Lloró amargamente.

Jesús lo restauró.

Después lo vemos predicando en Pentecostés.

¿Por qué mencionamos esto?

Porque cuando hablamos del pecado, alguien puede pensar:

“Entonces ya no hay esperanza para mí”.

Sí hay esperanza.

La diferencia no está en fingir que nunca fallamos.

La diferencia está en qué hacemos cuando la verdad nos confronta.

Judas se perdió en su desesperación.

Pedro fue restaurado por Cristo.

El Evangelio abre una puerta para el arrepentido.

30. La paga del pecado

Pablo escribió:

“Porque la paga del pecado es muerte”.

Romanos 6:23.

La palabra es fuerte.

Paga.

El pecado tiene consecuencias.

Pero el versículo no termina allí.

Gracias a Dios.

Continúa:

“Mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Aquí aparece el contraste del Evangelio.

La paga.

Y el regalo.

La muerte.

Y la vida.

El pecado.

Y Cristo.

31. La salvación no es algo que Dios nos debe

Esta verdad destruye nuestra autosuficiencia.

Dios no nos debe salvación.

La salvación es gracia.

Regalo.

Misericordia.

Por eso nadie podrá llegar al cielo diciendo:

“Yo lo merecía”.

La canción eterna será acerca del Cordero.

Apocalipsis muestra una multitud adorando.

La gloria pertenece a Dios.

La salvación pertenece a Dios.

Nosotros somos receptores de gracia.

32. El problema es demasiado profundo para soluciones superficiales

Imagine un hombre en un barco que se está hundiendo.

El agua entra rápidamente.

Alguien le ofrece pintura para mejorar el color de la cubierta.

La pintura puede ser buena.

Pero no resuelve el problema urgente.

De la misma manera, el ser humano necesita educación.

Necesita oportunidades.

Necesita justicia.

Necesita comunidades saludables.

Todo eso importa.

Pero existe un problema más profundo que ninguna política pública, ningún sistema educativo y ninguna tecnología pueden resolver por sí solos:

el pecado y la separación de Dios.

Necesitamos un Salvador.

33. La tecnología no puede redimir el corazón

Podemos construir máquinas extraordinarias.

Podemos comunicarnos instantáneamente con personas al otro lado del planeta.

Podemos traducir idiomas en segundos.

Podemos analizar enormes cantidades de información.

Pero una tecnología más avanzada en manos de un corazón corrupto también puede producir daño más avanzado.

La humanidad no necesita solamente más poder.

Necesita reconciliación con Dios.

Necesita transformación.

Necesita a Cristo.

34. La educación es valiosa, pero no salva

Un hombre educado puede utilizar su conocimiento para servir.

O para explotar.

La educación puede desarrollar capacidades.

Pero no puede producir por sí misma un corazón nuevo.

Pablo era altamente preparado.

Pero necesitó encontrarse con Cristo.

Nicodemo era maestro de Israel.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

La formación es valiosa.

Por eso enseñamos.

Creamos libros.

Desarrollamos cursos.

Abrimos centros de formación.

Pero nunca confundimos formación académica con salvación.

El conocimiento puede informar la mente.

Solo Dios puede dar vida espiritual.

35. Las buenas obras no pueden borrar nuestra culpa

Imagine un hombre culpable delante de un juez.

El juez presenta la evidencia.

Entonces el acusado dice:

“Sí, cometí el delito. Pero también ayudé a mi vecino la semana pasada”.

La buena acción no elimina el delito.

De la misma manera, nuestras buenas obras no pueden comprar el perdón de Dios.

Pablo escribió:

“No por obras, para que nadie se gloríe”.

Efesios 2:9.

Las buenas obras son fruto de la salvación.

No el precio de la salvación.

Esta diferencia es fundamental.

36. Cornelio era un hombre bueno, pero necesitaba escuchar el Evangelio

Hechos 10 presenta a Cornelio.

Era piadoso.

Temeroso de Dios.

Generoso.

Oraba.

Sin embargo, Dios envió a Pedro para anunciarle el mensaje de Cristo.

Esto nos enseña que la sinceridad y las buenas acciones no reemplazan el Evangelio.

Cornelio necesitaba escuchar acerca de Jesús.

El mundo también.

Por eso la misión sigue siendo urgente.

37. ¿Entonces no hay nada bueno en el ser humano?

Debemos responder cuidadosamente.

Las personas pueden hacer actos de bondad.

Pueden amar a sus familias.

Pueden sacrificarse por otros.

Pueden trabajar por justicia.

Todo ser humano conserva la dignidad de haber sido creado a imagen de Dios, aunque esa imagen ha sido afectada por la caída.

Pero ninguna cantidad de bondad humana puede justificar al pecador delante de un Dios santo.

Ese es el punto.

La pregunta no es:

¿Puede una persona hacer algo bueno?

La pregunta es:

¿Puede salvarse a sí misma?

La respuesta bíblica es no.

Necesitamos a Cristo.

38. El orgullo es uno de los mayores obstáculos para recibir gracia

Para recibir salvación debemos reconocer necesidad.

Y eso golpea nuestro orgullo.

Queremos contribuir.

Queremos decir:

“Dios hizo una parte y yo hice la otra”.

Pero el Evangelio nos coloca con las manos vacías.

Recibimos.

Pablo escribió:

“¿Qué tienes que no hayas recibido?”

1 Corintios 4:7.

La gracia no deja espacio para jactancia.

39. El fariseo y el publicano

Jesús contó la historia de dos hombres que fueron al templo a orar.

El fariseo comenzó a hablar de sí mismo.

De lo que hacía.

De lo que no hacía.

Y se comparó con otros.

El publicano, en cambio, ni siquiera quería levantar los ojos al cielo.

Decía:

“Dios, sé propicio a mí, pecador”.

Lucas 18:13.

Jesús dijo que este hombre descendió a su casa justificado.

La gracia entra donde el orgullo deja de defenderse.

40. Reconocer el pecado no significa perder la dignidad

Algunas personas temen que hablar del pecado destruye al ser humano.

No.

La Biblia sostiene dos verdades al mismo tiempo.

El ser humano tiene dignidad porque fue creado a imagen de Dios.

Y el ser humano necesita salvación porque ha pecado.

No debemos eliminar ninguna.

Si solamente hablamos de dignidad y nunca de pecado, no explicamos la necesidad de la cruz.

Si solamente hablamos de pecado y tratamos a las personas como basura, olvidamos que fueron creadas a imagen de Dios y que Cristo mostró compasión por los perdidos.

Verdad y amor.

41. Jesús no vino porque éramos insignificantes

La cruz demuestra dos cosas al mismo tiempo.

Nuestro problema era tan grave que la muerte de Cristo fue necesaria.

Y el amor de Dios es tan grande que Cristo vino por nosotros.

Pablo escribió:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Romanos 5:8.

No cuando ya estábamos arreglados.

No cuando ya habíamos limpiado nuestra vida.

Siendo pecadores.

Cristo vino.

42. Dios preguntó: “¿Dónde estás?”

Regresemos al jardín.

Adán se escondió.

Dios buscó.

“¿Dónde estás tú?”

Génesis 3:9.

Desde las primeras páginas de la Biblia comenzamos a ver a Dios buscando al perdido.

Después, a través de toda la historia bíblica, veremos el desarrollo de su plan redentor.

Una promesa.

Una descendencia.

Un pueblo.

Sacrificios.

Profetas.

Promesas mesiánicas.

Hasta que un día, en Belén, nació un niño.

Jesús.

Y años después Él mismo dijo:

“Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”.

Lucas 19:10.

Esa es la historia de la salvación.

El ser humano se escondió.

Dios vino a buscar.

43. La primera promesa apareció en medio del juicio

En Génesis 3:15 encontramos una promesa extraordinaria.

Dios anunció que la descendencia de la mujer heriría la cabeza de la serpiente.

En medio de la tragedia aparece esperanza.

El pecado entró.

Pero Dios no había perdido el control de la historia.

La serpiente no tendría la última palabra.

Vendría uno.

Un vencedor.

Un Salvador.

La Biblia comienza a dirigir nuestra mirada hacia Cristo.

44. La Biblia es la historia de una redención

Desde Génesis hasta Apocalipsis encontramos una gran historia.

Creación.

Caída.

Promesa.

Redención.

Restauración.

Hay muchas historias dentro de la Biblia.

Abraham.

José.

Moisés.

David.

Los profetas.

Los apóstoles.

Pero todas forman parte de una historia mayor.

Dios redimiendo para sí un pueblo por medio de Jesucristo.

Si leemos la Biblia y no vemos a Cristo en el centro de la historia de la redención, estamos perdiendo su gran dirección.

45. El pecado es universal, pero la invitación del Evangelio sale al mundo

Todos pecaron.

Pero Jesús dijo:

“Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura”.

Marcos 16:15.

El problema es universal.

La misión también.

No existe una nación demasiado lejana.

Un idioma demasiado difícil.

Una persona demasiado quebrantada.

Un preso demasiado condenado por la sociedad.

Un adicto demasiado esclavizado.

Una familia demasiado destruida.

Cristo salva.

Por eso vamos.

46. Debemos predicar el pecado sin olvidar la esperanza

Hay una forma equivocada de hablar del pecado.

Predicar condenación sin mostrar a Cristo.

Humillar.

Aplastar.

Gritar contra las personas como si nosotros nunca hubiéramos necesitado gracia.

Eso no es el espíritu del Evangelio.

Pablo escribió:

“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”.

1 Timoteo 1:15.

Predicamos la seriedad del pecado.

Pero señalamos al Salvador.

La oscuridad es real.

Pero la luz ha venido.

47. El diagnóstico prepara el camino para comprender la cura

Si este capítulo terminara aquí, sería una tragedia.

Todos pecaron.

La muerte entró.

Nuestras obras no pueden salvarnos.

Estamos separados de Dios.

¿Entonces qué esperanza existe?

Aquí comienza a brillar el Evangelio.

Lo que nosotros no podíamos hacer, Dios lo hizo.

Cuando no podíamos subir hasta Él, Él vino hasta nosotros.

Cuando no podíamos pagar nuestra deuda, Cristo tomó nuestro lugar.

Cuando estábamos muertos, Dios dio vida.

Cuando éramos enemigos, abrió el camino de reconciliación.

Cuando estábamos lejos, nos acercó.

La salvación comienza en Dios.

48. Antes de avanzar, debemos dejar de escondernos

Tal vez usted ha leído todo este capítulo pensando en doctrina.

Ahora quiero pedirle algo más personal.

Piense en la pregunta del jardín:

¿Dónde estás?

No responda para impresionar a nadie.

No está delante de una congregación.

No está llenando un examen.

¿Dónde está realmente?

¿Está caminando con Cristo?

¿Está escondiendo algo?

¿Está confiando en su propia justicia?

¿Está intentando cubrirse con hojas religiosas?

¿Conoce acerca de Dios, pero todavía no se ha rendido a Cristo?

¿Está viviendo una doble vida?

No se esconda.

Cristo vino a buscar y salvar al perdido.

49. La convicción no es el final

Cuando el Espíritu Santo muestra nuestro pecado, no lo hace para dejarnos sin esperanza.

Nos lleva hacia Cristo.

Judas sintió remordimiento.

Pero la convicción verdadera debe conducirnos al arrepentimiento y a la fe.

No permanezca mirando solamente su pecado.

Mire al Salvador.

La profundidad del pozo no es mayor que la gracia de Dios.

La oscuridad de la noche no puede vencer la luz de Cristo.

El pecado es serio.

Pero Cristo es un Salvador poderoso.

50. La historia no termina en Génesis 3

Gracias a Dios.

La Biblia no termina con Adán escondido entre los árboles.

Continúa.

Viene Abraham.

Viene la promesa.

Viene el éxodo.

Viene el sistema de sacrificios.

Vienen los profetas.

Viene la promesa del Mesías.

Y finalmente Juan el Bautista ve a Jesús y dice:

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Juan 1:29.

El problema presentado en Génesis comienza a encontrar su respuesta definitiva en Jesucristo.

El ser humano cayó.

Pero Dios había preparado un plan de redención.

El pecado trajo muerte.

Cristo traería vida.

Adán desobedeció.

Cristo sería obediente hasta la muerte.

El hombre se escondió.

Cristo vino a buscarlo.

La serpiente engañó.

Cristo es la verdad.

La muerte entró.

Cristo resucitó.

Esa es nuestra esperanza.

REFLEXIÓN FINAL

Para comprender la salvación debemos comprender nuestra necesidad.

Fuimos creados por Dios.

Para Dios.

A su imagen.

Con dignidad.

Con propósito.

Pero el pecado entró.

Y con él vinieron separación, culpa, vergüenza, esclavitud y muerte.

Todos hemos pecado.

Ninguna comparación puede justificarnos.

Ninguna religión puede sustituir el nuevo nacimiento.

Ninguna buena obra puede comprar el perdón.

Ninguna tecnología puede regenerar el corazón.

Ningún título puede reconciliarnos con Dios.

Necesitamos un Salvador.

Y la buena noticia es que Dios no abandonó al ser humano escondido entre los árboles.

Vino a buscarlo.

La pregunta de Génesis sigue resonando:

¿Dónde estás?

Y la respuesta del Evangelio también:

El Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.

No se esconda.

No intente cubrirse con hojas.

No confíe en su propia justicia.

Mire a Cristo.

Porque la historia de nuestra caída es profunda.

Pero la historia de la gracia es todavía más grande.

Oremos:

Padre celestial, reconozco que fui creado por ti y para ti.
Reconozco que el pecado no es un asunto pequeño.
Ha dañado nuestra relación contigo, nuestras relaciones con otros y nuestra propia vida.
Reconozco que no puedo salvarme a mí mismo.
Mis obras no pueden comprar tu perdón.
Mi religión no puede darme vida.
Mis esfuerzos no pueden borrar mi culpa.
Necesito a Cristo.
Espíritu Santo, examina mi corazón.
Muéstrame dónde me estoy escondiendo.
Muéstrame dónde estoy justificando lo que debo confesar.
Líbrame del orgullo religioso.
Llévame a la verdad.
Y hazme comprender cada día más la grandeza de la gracia de Jesucristo.
Gracias porque no abandonaste al ser humano.
Gracias porque viniste a buscar al perdido.
Gracias porque en Cristo hay perdón, reconciliación y vida eterna.
En el nombre de Jesús. Amén.

Hemos visto el problema.

Ahora debemos hacer una pregunta inevitable.

Si todos hemos pecado, ¿podemos hacer algo para salvarnos?

¿Puede la religión resolver nuestra condición?

¿Pueden las buenas obras pagar nuestra deuda?

¿Puede la Ley justificarnos?

¿Puede el esfuerzo humano construir una escalera que llegue hasta Dios?

El siguiente capítulo nos llevará directamente a esa pregunta.

Y la respuesta nos preparará para comprender la belleza de la gracia.

No podemos salvarnos a nosotros mismos.

Pero Dios hizo por nosotros lo que jamás habríamos podido hacer.

Seguimos avanzando.

¡Vamos con todo, con Cristo!

CAPÍTULO 2

CUANDO NUESTRAS OBRAS NO SON SUFICIENTES

La imposibilidad de salvarnos a nosotros mismos y la necesidad absoluta de la gracia

Hay una escena que se repite en muchas formas.

Una persona sabe que algo está mal.

Siente culpa.

Siente vergüenza.

Quiere arreglar su vida.

Entonces comienza a hacer promesas.

“Ahora sí voy a cambiar”.

“Ahora sí voy a portarme bien”.

“Ahora sí voy a orar más”.

“Ahora sí voy a hacer buenas obras”.

“Ahora sí voy a compensar todo lo malo que hice”.

Y aunque algunas de esas decisiones pueden ser buenas, existe un problema profundo:

Ninguna obra humana puede borrar la culpa del pecado delante de Dios.

Podemos mejorar conductas.

Podemos pedir perdón a personas.

Podemos hacer restitución cuando corresponde.

Podemos comenzar hábitos nuevos.

Pero no podemos salvarnos a nosotros mismos.

Pablo escribió:

“No por obras, para que nadie se gloríe”.

Efesios 2:9.

La salvación no es salario.

Es gracia.

No es trofeo.

Es regalo.

No es algo que compramos.

Es algo que recibimos en Cristo.

1. Las buenas obras son importantes, pero no salvan

Debemos decirlo con cuidado.

Las buenas obras importan.

Dios quiere que vivamos en obediencia.

El creyente debe amar, servir, perdonar, dar fruto y hacer el bien.

Pero las buenas obras no son la raíz de nuestra salvación.

Son el fruto.

Pablo escribió:

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras”.

Efesios 2:10.

No somos salvos **por** buenas obras.

Somos salvos **para** buenas obras.

Esa diferencia protege el Evangelio.

2. La religión externa no puede reemplazar la vida nueva

El fariseo del templo tenía obras religiosas.

Ayunaba.

Daba diezmos.

Se comparaba con otros.

Pero salió sin justificación.

El publicano, en cambio, clamó:

“Dios, sé propicio a mí, pecador”.

Lucas 18:13.

Jesús dijo que este descendió justificado.

¿Por qué?

Porque la salvación no llega al orgulloso que presume sus méritos.

Llega al pecador que reconoce su necesidad y se arroja a la misericordia de Dios.

3. La Ley revela, pero no justifica

Pablo escribió:

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”.

Romanos 3:20.

La Ley muestra la santidad de Dios.

Expone nuestro pecado.

Nos enseña que necesitamos gracia.

Pero no puede declarar justo al pecador sobre la base de su propio desempeño.

La Ley es como un espejo.

Muestra la mancha.

Pero no puede lavarla.

Cristo es quien limpia.

4. La justicia propia es una cárcel religiosa

Hay personas atrapadas en pecados visibles.

Y otras atrapadas en justicia propia.

Ambas necesitan salvación.

La justicia propia dice:

“Yo merezco”.

“Yo soy mejor”.

“Yo he hecho suficiente”.

Pero Isaías escribió:

“Todas nuestras justicias como trapo de inmundicia”.

Isaías 64:6.

Aun nuestras mejores obras no pueden presentarse como precio de salvación.

Necesitamos la justicia de Cristo.

5. La gracia humilla y libera

La gracia humilla porque nos dice:

No pudiste salvarte.

Pero también libera porque nos dice:

Cristo hizo por ti lo que tú no podías hacer.

Por eso el creyente no vive presumiendo.

Vive agradecido.

No mira al perdido con superioridad.

Lo mira con compasión.

Porque sabe:

“Si Dios no hubiera tenido misericordia de mí, yo también estaría perdido”.

6. La salvación es regalo

Pablo escribió:

“La dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Romanos 6:23.

Dádiva.

Regalo.

No pago.

No recompensa humana.

No compra religiosa.

La vida eterna está en Cristo.

Y se recibe por fe.

El orgullo quiere pagar.

La fe recibe.

7. La fe no es una obra para presumir

Algunos pueden pensar:

“Entonces mi fe es mi aporte”.

Pero aun la fe no debe convertirse en motivo de orgullo.

La fe es la mano vacía que recibe a Cristo.

No es una moneda con la que compramos salvación.

Pablo escribió:

“Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”.

Efesios 2:8.

Todo es gracia.

8. Si fuera por obras, Cristo habría muerto en vano

Pablo fue muy claro:

“Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”.

Gálatas 2:21.

Si pudiéramos salvarnos por esfuerzo humano, la cruz no habría sido necesaria.

Pero la cruz declara que nuestra condición era tan seria que solo Cristo podía salvarnos.

No mezclamos la gracia de Cristo con nuestro mérito.

Cristo es suficiente.

9. Las obras no son fundamento, son evidencia

Santiago enseña que la fe verdadera produce obras.

Pero no contradice a Pablo.

Pablo combate la idea de que somos justificados por obras.

Santiago combate una fe muerta que no produce fruto.

La salvación verdadera transforma.

No somos salvos por obras.

Pero una fe viva no permanece sin fruto.

10. Descansar en Cristo no produce pasividad

Alguien podría decir:

“Si soy salvo por gracia, entonces no importa cómo vivo”.

Eso no es gracia.

Eso es abuso de la gracia.

La gracia verdadera nos lleva a amar a Cristo y obedecerlo.

El que ha sido salvado quiere vivir para Aquel que lo salvó.

No trabaja para comprar amor.

Trabaja porque ha recibido amor.

REFLEXIÓN FINAL

Nuestras obras no son suficientes para salvarnos.

Nuestra religión no puede limpiarnos.

Nuestra justicia propia no puede justificarnos.

La Ley revela nuestra culpa, pero no puede borrar nuestro pecado.

Necesitamos gracia.

Necesitamos a Cristo.

Y la buena noticia es esta:

Lo que nosotros no podíamos hacer, Cristo lo hizo.

Por eso dejamos de escondernos detrás de méritos humanos.

Nos acercamos con manos vacías.

Y recibimos por fe la salvación que Dios ofrece en Jesucristo.

Oremos:

Padre celestial, reconozco que mis obras no pueden salvarme.
Renuncio a confiar en mi propia justicia.
Gracias porque en Cristo hiciste por mí lo que yo jamás habría podido hacer.
Enséñame a vivir agradecido, humilde y obediente.
Que mis buenas obras no sean un intento de comprar tu amor, sino fruto de haber recibido tu gracia.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 3

LA GRACIA QUE RESCATA

El amor inmerecido de Dios revelado en Jesucristo

La gracia es una palabra corta, pero contiene una profundidad inmensa.

Gracia significa que Dios nos da lo que no merecemos.

No porque seamos buenos.

No porque hayamos acumulado méritos.

No porque nuestra historia sea limpia.

No porque tengamos algo con qué pagar.

La gracia nace del corazón de Dios.

Pablo escribió:

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”.

Romanos 5:8.

No dice:

“Cuando ya éramos perfectos”.

No dice:

“Cuando ya habíamos arreglado todo”.

Dice:

Siendo aún pecadores.

Ahí está la belleza del Evangelio.

Cristo no vino por personas que podían salvarse solas.

Vino por pecadores necesitados de misericordia.

1. La gracia no niega el pecado

La gracia no dice:

“No importa lo que hiciste”.

La gracia dice:

“El pecado es tan serio que Cristo tuvo que morir, pero el amor de Dios es tan grande que Cristo vino a salvar”.

Por eso la gracia no es permiso para pecar.

Es poder para volver a Dios.

Es la mano de Dios extendida hacia el culpable.

Es misericordia para el arrepentido.

Es vida para el muerto.

2. La gracia busca al perdido

Jesús contó la parábola de la oveja perdida.

El pastor dejó las noventa y nueve y fue tras la que se había perdido.

Lucas 15.

Esa es la gracia.

Dios buscando.

Dios llamando.

Dios rescatando.

El perdido no se encontró a sí mismo.

Fue buscado.

La salvación comienza con la iniciativa de Dios.

3. La gracia recibe al hijo que vuelve

El hijo pródigo regresó sin méritos.

Había desperdiciado.

Había fallado.

Había caído bajo.

Pero volvió.

Y el padre corrió hacia él.

Lo abrazó.

Lo restauró.

Lucas 15.

La gracia no celebra el pecado.

Celebra el regreso del pecador arrepentido.

4. La gracia derriba el orgullo

Si somos salvos por gracia, nadie puede presumir.

Pablo escribió:

“¿Dónde, pues, está la jactancia? Queda excluida”.

Romanos 3:27.

El cielo no estará lleno de personas diciendo:

“Yo llegué por mi esfuerzo”.

Estará lleno de redimidos adorando al Cordero.

5. La gracia transforma

La gracia no deja igual al pecador.

Pablo escribió:

“Por la gracia de Dios soy lo que soy”.

1 Corintios 15:10.

La gracia perdona.

Pero también forma.

Levanta.

Enseña.

Corrige.

Impulsa.

La gracia que rescata también transforma.

6. La gracia es más grande que nuestro pasado

Pablo persiguió a la Iglesia.

Pero Cristo lo salvó.

Pedro negó a Jesús.

Pero Cristo lo restauró.

La mujer samaritana tenía una historia quebrada.

Pero Jesús la buscó.

Ningún pasado es más poderoso que la gracia de Dios cuando hay arrepentimiento y fe en Cristo.

7. La gracia nos enseña a mirar a otros con compasión

Quien ha recibido gracia no puede mirar al caído con superioridad.

Debe mirar con verdad y misericordia.

No aprobamos el pecado.

Pero tampoco destruimos al pecador arrepentido.

Cristo nos recibió.

Ahora servimos a otros con el mismo mensaje:

Hay perdón en Jesucristo.

8. La gracia nos sostiene cada día

No necesitamos gracia solamente el día de nuestra conversión.

Necesitamos gracia para perseverar.

Para vencer tentaciones.

Para levantarnos después de caer.

Para servir sin orgullo.

Para perdonar.

Para terminar la carrera.

La vida cristiana comienza por gracia y continúa por gracia.

9. La gracia produce gratitud

El legalismo produce orgullo o desesperación.

La gracia produce gratitud.

Cuando entendemos lo que Cristo hizo por nosotros, queremos vivir para Él.

No para comprar su amor.

Sino porque ya fuimos amados.

10. La gracia debe ser anunciada

El mundo necesita escuchar que hay salvación.

No en nuestras obras.

No en nuestra justicia.

No en religión vacía.

Sino en Jesucristo.

La Iglesia debe anunciar gracia con claridad.

Cristo salva.

Cristo perdona.

Cristo transforma.

Y todavía llama al perdido.

REFLEXIÓN FINAL

La gracia es el amor inmerecido de Dios revelado en Jesucristo.

No la merecíamos.

No podíamos comprarla.

No podíamos producirla.

Pero Dios la dio.

Cristo vino por pecadores.

Murió por nosotros.

Resucitó.

Y ofrece salvación a todo aquel que cree.

Por eso vivimos agradecidos.

Humildes.

Transformados.

Y enviados a anunciar esta gracia al mundo.

Oremos:

Padre celestial, gracias por tu gracia.
Gracias porque me amaste cuando no podía salvarme.
Gracias por Jesucristo, mi Salvador.
Líbrame del orgullo religioso.
Enséñame a vivir agradecido y a anunciar tu gracia con verdad, amor y poder.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 4

LA CRUZ DONDE CRISTO TOMÓ NUESTRO LUGAR

Sustitución, perdón, reconciliación y victoria en el sacrificio de Jesús

Era aproximadamente la hora novena.

El cielo se había oscurecido.

Jesús estaba en la cruz.

Sus manos habían sido clavadas.

Su cuerpo estaba herido.

Había sido rechazado.

Burlado.

Golpeado.

Escupido.

Abandonado por muchos.

Y desde la cruz clamó:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”

Mateo 27:46.

Algunas personas que estaban allí no comprendían lo que estaba ocurriendo.

Para los soldados romanos, aquella podía parecer otra ejecución.

Para los líderes que habían rechazado a Jesús, parecía el final de un problema.

Para los discípulos, parecía el colapso de sus esperanzas.

Pero algo mucho más grande estaba ocurriendo.

La cruz no era un accidente.

No era una derrota inesperada.

No era simplemente la muerte de un maestro bueno.

En aquella cruz, Jesucristo estaba realizando la obra central de nuestra redención.

Pedro escribió:

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero”.

1 Pedro 2:24.

Isaías había profetizado:

“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”.

Isaías 53:5.

La cruz nos obliga a enfrentar dos grandes verdades.

Primero:

Nuestro pecado es mucho más serio de lo que imaginamos.

Segundo:

El amor de Dios es mucho más grande de lo que podemos comprender.

Si el pecado fuera un problema pequeño, la cruz no habría sido necesaria.

Pero si Dios no nos amara, Cristo no habría venido.

En la cruz se encuentran la santidad de Dios y su amor.

La justicia y la misericordia.

El juicio contra el pecado y la gracia hacia el pecador.

Por eso no podemos comprender la salvación sin mirar al Calvario.

Allí Cristo tomó nuestro lugar.

1. La cruz estaba en el plan de Dios

A veces hablamos de la crucifixión como si todo hubiera salido mal.

Como si Jesús hubiera intentado establecer algo y sus enemigos hubieran destruido el plan.

Pero la Biblia presenta algo diferente.

Pedro predicó en Pentecostés:

“A éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole”.

Hechos 2:23.

Observe las dos realidades.

Los seres humanos fueron responsables de sus acciones.

Y, al mismo tiempo, Dios estaba cumpliendo su propósito redentor.

La cruz no sorprendió al cielo.

Cristo sabía por qué había venido.

Jesús dijo:

“Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”.

Marcos 10:45.

Él vino para dar su vida.

La cruz estaba en el corazón de su misión.

2. Jesús caminó voluntariamente hacia la cruz

Jesús no fue una víctima impotente atrapada por circunstancias que no podía controlar.

Él dijo:

“Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo”.

Juan 10:18.

Esto cambia nuestra manera de mirar el Calvario.

Cristo entregó su vida voluntariamente.

Podía haber pedido ayuda celestial.

Podía haber evitado el camino.

Pero eligió obedecer al Padre.

En Getsemaní oró:

“No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Lucas 22:42.

La salvación costó.

Y Cristo estuvo dispuesto a pagar el precio.

3. Getsemaní nos muestra el peso del camino

Antes de la cruz estuvo el huerto.

Jesús oró con profunda angustia.

Su sudor era como grandes gotas de sangre.

Lucas 22:44.

No debemos hablar de la cruz de manera ligera.

Cristo sabía lo que venía.

El sufrimiento físico sería terrible.

Pero había algo todavía más profundo.

Él cargaría nuestros pecados.

El Santo tomaría sobre sí el juicio que nosotros merecíamos.

Por eso la cruz no puede convertirse simplemente en una joya decorativa.

Es el lugar donde el Hijo de Dios entregó su vida por pecadores.

4. ¿Por qué era necesaria la cruz?

Esta pregunta es fundamental.

¿Por qué Dios simplemente no dijo:

“No importa. Olvidemos el pecado”?

Porque Dios es santo.

Y Dios es justo.

Un juez corrupto puede ignorar el mal.

Un juez justo no puede llamar inocente al culpable sin fundamento.

El pecado es una ofensa real contra Dios.

La justicia importa.

Pero aquí aparece la maravilla del Evangelio.

Dios no dejó al pecador sin esperanza.

Él mismo proveyó el sacrificio.

Pablo escribió:

“A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre”.

Romanos 3:25.

La cruz muestra que Dios toma el pecado seriamente.

Y que ama al pecador profundamente.

5. Desde el principio, la muerte apareció relacionada con el pecado

Dios había advertido a Adán:

“El día que de él comieres, ciertamente morirás”.

Génesis 2:17.

Después de la caída, la muerte entró en la experiencia humana.

Más adelante, el sistema de sacrificios enseñaría mediante sombras y figuras que el pecado tiene consecuencias y que la reconciliación con Dios requiere su provisión.

Pero aquellos sacrificios no eran la solución final.

El escritor de Hebreos dice:

“Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”.

Hebreos 10:4.

Se necesitaba un sacrificio perfecto.

Y ese sacrificio sería Jesucristo.

6. Juan señaló al Cordero

Cuando Juan el Bautista vio a Jesús, dijo:

“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Juan 1:29.

Qué declaración.

Israel conocía el lenguaje del sacrificio.

Conocía la Pascua.

Conocía el altar.

Conocía la sangre.

Conocía el día de la expiación.

Pero ahora Juan señala a una persona.

Jesús.

El Cordero.

Todo comienza a dirigirnos hacia Él.

Las sombras apuntaban hacia una realidad mayor.

Cristo.

7. La Pascua anunciaba una liberación mayor

En Egipto, el pueblo de Israel estaba bajo esclavitud.

Dios ordenó sacrificar un cordero y colocar la sangre en los dinteles de las puertas.

Éxodo 12.

La sangre era una señal.

Después vino la liberación.

Siglos más tarde, Pablo escribiría:

“Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”.

1 Corintios 5:7.

Cristo es nuestra Pascua.

Por medio de Él somos liberados de una esclavitud más profunda.

La esclavitud del pecado.

8. Isaías vio al Siervo sufriente

Siglos antes de la crucifixión, Isaías escribió palabras extraordinarias:

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores”.

Isaías 53:4.

Y continuó:

“Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”.

Isaías 53:6.

El lenguaje es claro.

Él llevó.

Él sufrió.

Fue herido.

El pecado era nuestro.

El sufrimiento cayó sobre Él.

Aquí comenzamos a comprender la sustitución.

9. Cristo murió por nosotros

Pablo escribió:

“Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”.

1 Corintios 15:3.

No murió solamente para darnos un ejemplo de sacrificio.

Aunque ciertamente su amor es nuestro ejemplo.

No murió solamente como mártir.

Murió **por nuestros pecados**.

Pedro escribió:

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios”.

1 Pedro 3:18.

El justo.

Por los injustos.

Para llevarnos a Dios.

Eso es el corazón del Evangelio.

10. La sustitución: Él tomó nuestro lugar

Imagine un tribunal.

El acusado es culpable.

La evidencia es clara.

La sentencia es justa.

No tiene cómo pagar.

Entonces ocurre algo extraordinario.

Otro toma su lugar.

Pero la ilustración humana siempre será limitada.

Porque en el Evangelio, quien toma nuestro lugar no es otro pecador.

Es Jesucristo.

Sin pecado.

Santo.

Justo.

Él tomó sobre sí nuestra culpa.

Pablo escribió:

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

2 Corintios 5:21.

Cristo tomó nuestro lugar.

Esta verdad debe producir adoración.

11. Jesús no murió por sus propios pecados

Esto es esencial.

Jesús no necesitaba salvación.

No era un pecador muriendo por otros pecadores.

Pedro dijo:

“El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca”.

1 Pedro 2:22.

El autor de Hebreos habla de Él como:

“Santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores”.

Hebreos 7:26.

Solo un Salvador sin pecado podía ofrecerse por nosotros.

12. En la cruz vemos el amor de Dios

Juan escribió:

“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros”.

1 Juan 4:10.

La cruz destruye la idea de que Dios tuvo que ser convencido para amarnos.

La salvación nace del amor de Dios.

El Padre envió al Hijo.

El Hijo entregó su vida.

El Espíritu aplica la obra de salvación.

El Dios trino obra en nuestra redención.

Por eso Juan 3:16 comienza:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo...”

La cruz es amor en acción.

13. Amor no significa ausencia de justicia

Nuestra generación muchas veces define amor como aprobación absoluta.

Si alguien ama, dicen, nunca debe confrontar.

Nunca debe establecer límites.

Nunca debe hablar de juicio.

Pero la cruz muestra algo diferente.

Dios ama.

Y Dios es santo.

Dios perdona.

Y Dios es justo.

En la cruz, Dios no fingió que el pecado no existía.

Lo enfrentó.

La gracia no elimina la justicia.

Cristo satisfizo las demandas de la justicia en favor de quienes creen.

14. Propiciación: la justicia satisfecha

La palabra puede parecer difícil.

Pero debemos aprenderla.

Propiciación habla de la obra de Cristo en relación con la justa ira de Dios contra el pecado.

Juan escribió:

“Él es la propiciación por nuestros pecados”.

1 Juan 2:2.

Dios no es caprichoso.

Su ira no es una explosión emocional pecaminosa como la nuestra.

Es su santa oposición contra el mal.

En la cruz, Cristo tomó sobre sí el juicio que correspondía a nuestro pecado.

Por eso el creyente puede acercarse a Dios.

15. Expiación: nuestra culpa cubierta y removida

La obra de Cristo trata verdaderamente con el pecado.

No lo esconde de manera superficial.

No finge que nunca ocurrió.

Cristo paga el precio.

Lleva la culpa.

Limpia.

Perdona.

El salmista había escrito:

“Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”.

Salmo 103:12.

En Cristo hay perdón real.

16. Redención: un precio fue pagado

La palabra redención tiene relación con liberación mediante el pago de un precio.

Pedro escribió:

“Fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo”.

1 Pedro 1:18-19.

Nuestro rescate no fue barato.

No fue comprado con dinero.

Cristo dio su vida.

Por eso nuestra vida ya no nos pertenece de la misma manera.

Pablo escribió:

“Porque habéis sido comprados por precio”.

1 Corintios 6:20.

La redención produce gratitud y consagración.

17. Reconciliación: los enemigos pueden volver a casa

El pecado produjo separación.

Pero Cristo abre el camino de reconciliación.

Pablo escribió:

“Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”.

Romanos 5:10.

Observe la palabra:

enemigos.

No éramos personas neutrales esperando una pequeña mejora.

Necesitábamos reconciliación.

Y Dios tomó la iniciativa.

En Cristo, el enemigo puede convertirse en hijo.

El que estaba lejos puede acercarse.

El perdido puede volver a casa.

18. El velo fue rasgado

Cuando Jesús murió, ocurrió algo impresionante.

“El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo”.

Mateo 27:51.

El velo separaba el Lugar Santísimo.

Pero ahora algo nuevo estaba siendo anunciado.

Por medio de Cristo tenemos acceso a Dios.

Hebreos dice:

“Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo”.

Hebreos 10:19.

No necesitamos otro mediador humano que sustituya a Cristo.

Jesús es el mediador.

El camino ha sido abierto.

19. El perdón no es negar lo ocurrido

Algunas personas piensan que perdonar significa decir:

“No pasó nada”.

Pero la cruz demuestra lo contrario.

Sí pasó algo.

El pecado fue tan serio que Cristo murió.

El perdón es costoso.

Cuando Dios nos perdona, no está diciendo que el pecado era insignificante.

Está diciendo que Cristo pagó.

Por eso la gracia nunca debe ser tratada como algo barato.

20. “Consumado es”

Desde la cruz Jesús dijo:

“Consumado es”.

Juan 19:30.

Qué palabras.

La obra que el Padre le había dado fue cumplida.

El sacrificio perfecto había sido ofrecido.

No necesitamos añadir otro sacrificio al sacrificio de Cristo.

No necesitamos completar lo que Él dejó incompleto.

La salvación descansa en una obra terminada.

Consumado es.

21. La obra de Cristo es suficiente

Esto es vital para la seguridad del creyente.

Si nuestra salvación dependiera de completar la obra de Cristo con nuestros propios méritos, nunca tendríamos paz.

Siempre preguntaríamos:

¿Hice suficiente?

¿Oré suficiente?

¿Di suficiente?

¿Sufrí suficiente?

¿Trabajé suficiente?

Pero la pregunta central del Evangelio no es:

¿Qué más debo añadir a la cruz?

Es:

¿Confío verdaderamente en Cristo y en su obra?

Él es suficiente.

22. El ladrón de la cruz no tuvo tiempo para construir méritos

Junto a Jesús había dos malhechores.

Uno de ellos reconoció su condición.

Y dijo:

“Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”.

Lucas 23:42.

Jesús respondió:

“De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

Lucas 23:43.

Aquel hombre no pudo bajar de la cruz para comenzar una larga carrera de buenas obras.

No pudo devolver años de servicio.

No pudo construir una reputación religiosa.

Recibió misericordia.

Esto no disminuye el valor de la obediencia.

Demuestra que la salvación es por gracia.

23. La cruz destruye el orgullo religioso

Si Cristo tomó nuestro lugar, ¿de qué podemos presumir?

Pablo escribió:

“Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”.

Gálatas 6:14.

La cruz coloca al pastor y al nuevo creyente en el mismo terreno.

Al rico y al pobre.

Al académico y al que nunca pudo estudiar.

Al conocido y al anónimo.

Todos necesitan al mismo Salvador.

24. La cruz también destruye la desesperación

El orgullo dice:

“No necesito la cruz”.

La desesperación dice:

“La cruz no es suficiente para mí”.

Ambos están equivocados.

Tal vez alguien piensa:

“Usted no conoce mi pasado”.

Es verdad.

Tal vez no lo conozco.

Pero conozco el mensaje del Evangelio.

Pablo había perseguido a la Iglesia.

Y escribió:

“Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”.

1 Timoteo 1:15.

La cruz es suficiente para el pecador que viene a Cristo.

25. No existe pecado pequeño que no necesite gracia

A veces clasificamos personas.

“Aquel necesita mucho a Cristo”.

“Yo no tanto”.

Eso es orgullo.

Todos necesitamos la cruz.

La persona que creció en una familia cristiana necesita la cruz.

El criminal arrepentido necesita la cruz.

El profesor necesita la cruz.

El empresario necesita la cruz.

El ministro necesita la cruz.

No existe salvación de primera y segunda categoría.

Existe un Salvador.

Jesucristo.

26. Tampoco debemos utilizar la cruz para minimizar las consecuencias temporales

El perdón de Dios es real.

Pero esto no significa que todas las consecuencias humanas desaparecen automáticamente.

Una persona puede ser perdonada por Dios y todavía necesitar reparar un daño.

Pedir perdón.

Hacer restitución cuando sea posible.

Aceptar consecuencias legales.

Reconstruir confianza.

El Evangelio no elimina la responsabilidad.

La transforma.

Zaqueo, después de encontrarse con Jesús, habló de restitución.

Lucas 19:8.

La gracia produce cambios concretos.

27. La cruz y la vergüenza

Hay personas perdonadas que todavía viven como si estuvieran condenadas.

Cristo llevó nuestra culpa.

El Evangelio nos llama a caminar en libertad.

Pablo escribió:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

Romanos 8:1.

Esto no significa que nunca sentimos tristeza por haber pecado.

Significa que el creyente no vive bajo una sentencia de condenación eterna.

Cristo llevó la condena.

28. La acusación quiere mantenernos mirando hacia atrás

Apocalipsis llama a Satanás:

“El acusador de nuestros hermanos”.

Apocalipsis 12:10.

La acusación dice:

“Dios nunca podrá usarte”.

“Tu pasado es más fuerte que la gracia”.

“Siempre serás lo que fuiste”.

Pero el Evangelio dice:

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”.

2 Corintios 5:17.

No negamos el pasado.

Pero tampoco permitimos que el pasado tenga más autoridad que la obra de Cristo.

29. La cruz y la guerra espiritual

Colosenses presenta una conexión poderosa entre la cruz y la victoria espiritual.

Pablo escribió que Cristo:

“Despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”.

Colosenses 2:15.

La cruz parecía derrota.

Pero fue victoria.

El enemigo utilizó traición.

Violencia.

Mentira.

Injusticia.

Muerte.

Y Dios convirtió el instrumento de vergüenza en el lugar del triunfo redentor.

Por eso nuestra autoridad espiritual nunca puede separarse de la cruz.

30. No vencemos por nuestra fuerza

Apocalipsis dice:

“Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”.

Apocalipsis 12:11.

Nuestra victoria no está en el volumen de nuestra voz.

No está en nuestra reputación.

No está en fórmulas mágicas.

Está en Cristo.

En su obra.

En su sangre.

En su señorío.

La guerra espiritual bíblica debe mantener la cruz en el centro.

31. La sangre de Cristo no es una fórmula supersticiosa

Debemos hablar con claridad.

La sangre de Cristo representa su vida entregada en sacrificio y la obra redentora realizada por Él.

No debemos convertir el lenguaje de la sangre en una fórmula mágica.

No es repetir una frase mecánicamente.

Nuestra confianza está en la obra de Cristo.

Pedro habla de:

“La sangre preciosa de Cristo”.

1 Pedro 1:19.

Hebreos habla del acceso que tenemos por su sangre.

La sangre nos dirige al sacrificio real de Jesús.

A su muerte por nosotros.

A la nueva alianza.

A la redención.

32. La cruz nos enseña cómo es el poder del Reino

El mundo entiende poder como dominio.

Control.

Superioridad.

Jesús mostró otra dimensión.

El Rey entregó su vida.

El Señor lavó pies.

El vencedor fue coronado con espinas antes de ser exaltado.

Esto no significa debilidad.

Cristo tenía toda autoridad.

Pero utilizó su poder en obediencia al Padre y amor sacrificial.

Todo liderazgo cristiano debe mirar la cruz.

33. Un ministerio sin cruz puede convertirse en plataforma personal

Podemos hablar de éxito.

Expansión.

Influencia.

Naciones.

Libros.

Centros de formación.

Tecnología.

Redes.

Todo puede ser útil.

Pero si perdemos la cruz, podemos construir una plataforma religiosa y olvidar el Evangelio.

La pregunta no es solamente:

¿Cuántas personas nos siguen?

La pregunta es:

¿Estamos llevando a las personas a seguir a Cristo?

La cruz mata el ego del ministerio.

34. Pablo decidió predicar a Cristo crucificado

Corinto era una ciudad importante.

Había filosofías.

Oradores.

Competencia de ideas.

Pero Pablo escribió:

“Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado”.

1 Corintios 2:2.

Esto no significa que Pablo nunca enseñara otros temas.

Sus cartas demuestran lo contrario.

Significa que Cristo crucificado era el centro.

Todo lo demás debía relacionarse correctamente con Él.

Nuestra formación también necesita ese centro.

35. La cruz no puede ser reemplazada por motivación

Las personas necesitan esperanza.

Necesitan ánimo.

Necesitan ser fortalecidas.

Pero el mensaje cristiano no es simplemente:

“Tú puedes”.

“Cree en ti”.

“Descubre tu grandeza”.

El Evangelio dice algo mucho más profundo:

No podías salvarte. Cristo vino por ti. Murió por tus pecados. Resucitó. Arrepiéntete, cree y síguelo.

La motivación puede ayudar durante un día.

El Evangelio transforma la eternidad.

36. La cruz no puede ser reemplazada por prosperidad

Dios puede proveer.

Puede bendecir.

Debemos agradecer cada provisión.

Pero Cristo no murió simplemente para garantizar una vida sin problemas económicos.

Muchos creyentes fieles han sufrido.

Los apóstoles sufrieron.

La Iglesia perseguida sufre.

El centro del Evangelio no es hacernos ricos.

Es reconciliarnos con Dios.

No reduzcamos la sangre de Cristo a una promesa de comodidad temporal.

La cruz nos ofrece algo infinitamente mayor:

Dios mismo.

37. La cruz no puede ser reemplazada por política

Los creyentes viven en sociedades.

Deben actuar con responsabilidad.

Buscar justicia.

Defender al vulnerable.

Cumplir sus deberes ciudadanos.

Pero ningún partido político puede sustituir el Evangelio.

Ningún gobierno puede regenerar el corazón.

Ningún candidato es el Mesías.

Nuestra esperanza final está en Jesucristo.

La Iglesia puede perder su voz profética cuando confunde el Reino de Dios con un proyecto humano.

La cruz permanece en el centro.

38. La cruz reconcilia personas diferentes

Pablo enseñó que Cristo derribó la pared intermedia de separación.

Efesios 2.

En Cristo, personas de diferentes pueblos son reconciliadas con Dios y llamadas a formar un solo cuerpo.

La cruz confronta racismo.

Superioridad cultural.

Orgullo nacionalista.

Desprecio por el extranjero.

En el Reino hay personas de toda tribu, lengua, pueblo y nación.

Apocalipsis 5:9.

Por eso una visión global del Evangelio no es una moda.

Está en el corazón de la redención.

39. El Cordero compró un pueblo de todas las naciones

Apocalipsis presenta una canción:

“Con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”.

Apocalipsis 5:9.

Qué visión.

Idiomas diferentes.

Culturas diferentes.

Historias diferentes.

Pero un mismo Salvador.

Esto debe impulsar la traducción.

La formación.

El envío.

La multiplicación de obreros.

La creación de materiales.

No para construir un imperio humano.

Sino porque el Cordero merece adoradores de todas las naciones.

40. La cruz nos envía

Una persona que comprende la cruz no puede guardar el mensaje solamente para sí.

Pablo escribió:

“El amor de Cristo nos constriñe”.

2 Corintios 5:14.

Y después habla del ministerio de la reconciliación.

Somos embajadores de Cristo.

2 Corintios 5:20.

Dios reconcilia.

Y después envía a los reconciliados a anunciar la reconciliación.

Salvados.

Formados.

Enviados.

Ese es el movimiento del Evangelio.

41. El mensaje no es “vengan a nuestra organización”

Nuestra organización puede servir.

Un instituto puede servir.

Una iglesia local sirve.

Un centro de formación puede servir.

Un libro puede servir.

Una plataforma digital puede servir.

Pero el mensaje central es:

“Reconciliaos con Dios”.

2 Corintios 5:20.

No llevamos personas a nosotros.

Las llevamos a Cristo.

Las herramientas deben servir a la misión.

Nunca reemplazarla.

42. La cruz cambia nuestra manera de perdonar

Pablo escribió:

“Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”.

Efesios 4:32.

La cruz se convierte en modelo para nuestras relaciones.

Hemos recibido perdón.

Por eso aprendemos a perdonar.

Esto no significa permanecer en situaciones de abuso.

No significa eliminar límites.

No significa impedir la justicia.

Pero sí significa que el creyente no vive alimentando venganza.

Ha recibido gracia.

Y aprende a extender gracia.

43. La cruz cambia nuestra manera de servir

Jesús lavó los pies de sus discípulos.

Después dijo:

“Ejemplo os he dado”.

Juan 13:15.

Quien sigue al Crucificado no puede construir un liderazgo basado solamente en privilegios.

El liderazgo cristiano sirve.

Protege.

Forma.

Entrega.

No utiliza a las personas para construir su nombre.

Utiliza sus dones para ayudar a las personas a crecer en Cristo.

44. La cruz cambia nuestra relación con el sufrimiento

Seguir a Cristo no significa que nunca sufriremos.

Jesús dijo:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame”.

Mateo 16:24.

Nuestra cruz no es la cruz expiatoria de Cristo.

Solo Él murió por nuestros pecados.

Pero seguirlo puede costarnos.

Rechazo.

Sacrificio.

Renuncia.

Persecución.

El discípulo no busca sufrimiento innecesario.

Pero tampoco abandona a Cristo para evitarlo.

45. La cruz produce una nueva manera de vivir

Pablo escribió:

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí”.

Gálatas 2:20.

La salvación no consiste solamente en recibir un boleto para el cielo.

Comienza una vida nueva.

Cristo vive en nosotros por su Espíritu.

Nuestros deseos comienzan a ser transformados.

Nuestra dirección cambia.

Nuestro propósito cambia.

Ya no vivimos solamente para nosotros mismos.

46. La cruz confronta el ego

El ego quiere ser visto.

Reconocido.

Aplaudido.

Quiere ocupar el centro.

Pero Juan el Bautista dijo:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

La cruz nos recuerda continuamente:

Cristo es el centro.

No yo.

Cristo es el Salvador.

No yo.

Cristo edifica su Iglesia.

No yo.

Cristo merece la gloria.

No yo.

47. La cruz y la Cena del Señor

Jesús dejó a la Iglesia una manera de recordar.

Tomó el pan.

Tomó la copa.

Y dijo:

“Haced esto en memoria de mí”.

Lucas 22:19.

La Iglesia necesita recordar continuamente la cruz.

Porque fácilmente nos distraemos.

Comenzamos con Cristo.

Después podemos terminar hablando solamente de nosotros.

La mesa nos llama a recordar.

Su cuerpo.

Su sangre.

Su sacrificio.

Su pacto.

Su regreso.

48. La cruz sin resurrección sería una tragedia

Debemos decirlo claramente.

El mensaje cristiano no termina el viernes.

Cristo murió.

Fue sepultado.

Pero al tercer día resucitó.

Pablo dijo:

“Y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados”.

1 Corintios 15:17.

La cruz y la resurrección forman el corazón del Evangelio.

Cristo murió por nuestros pecados.

Y resucitó.

La tumba está vacía.

La muerte fue vencida.

49. La resurrección confirma la victoria

Pedro predicó:

“Al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte”.

Hechos 2:24.

La muerte no pudo retenerlo.

Cristo vive.

Por eso nuestra fe no está depositada en un héroe muerto.

Nuestro Salvador está vivo.

Intercede.

Reina.

Y volverá.

La cruz nos muestra el precio.

La tumba vacía anuncia la victoria.

50. Sin la cruz no hay Evangelio

Podemos hablar de valores cristianos.

Familia.

Propósito.

Liderazgo.

Ética.

Servicio.

Todos son temas importantes.

Pero si quitamos la muerte y resurrección de Cristo, ya no tenemos el Evangelio apostólico.

Pablo resumió el mensaje:

“Cristo murió por nuestros pecados... fue sepultado, y resucitó al tercer día”.

1 Corintios 15:3-4.

Este es el mensaje que debemos proteger.

Predicar.

Traducir.

Enseñar.

Llevar hasta lo último de la tierra.

51. ¿Qué ve usted cuando mira la cruz?

Algunos ven solamente un símbolo religioso.

Otros una pieza de joyería.

Otros una tragedia histórica.

Pero el creyente ve algo más.

Ve al Cordero.

Ve al Sustituto.

Ve al Redentor.

Ve al Mediador.

Ve al Rey que venció entregando su vida.

Ve el lugar donde su deuda fue pagada.

Ve la demostración del amor de Dios.

Ve el fundamento de su esperanza.

52. No mire solamente la cruz de lejos

Es posible estudiar la cruz académicamente y no confiar personalmente en Cristo.

Podemos explicar palabras como:

Expiación.

Propiciación.

Redención.

Reconciliación.

Sustitución.

Y todavía permanecer sin rendirnos a Jesús.

La doctrina debe llevarnos a la fe.

La pregunta no es solamente:

¿Comprende la teoría?

La pregunta es:

¿Ha confiado su vida a Jesucristo?

53. La cruz exige una respuesta

Pedro predicó a Cristo.

Y las personas preguntaron:

“Varones hermanos, ¿qué haremos?”

Hechos 2:37.

La cruz no es información neutral.

Nos confronta.

Si Cristo murió por nuestros pecados, no podemos continuar viviendo como si nada hubiera ocurrido.

El Evangelio llama.

Al arrepentimiento.

A la fe.

A seguir a Cristo.

Ese será nuestro siguiente paso.

REFLEXIÓN FINAL

En la cruz, Jesucristo tomó nuestro lugar.

El justo por los injustos.

El Santo por los culpables.

El Cordero por los pecadores.

Él llevó nuestros pecados.

Pagó el precio de nuestra redención.

Abrió el camino de reconciliación.

Satisfizo la justicia.

Nos ofrece perdón.

Rasgó el velo.

Triunfó sobre principados y potestades.

Y declaró:

Consumado es.

No podemos añadir nada a su sacrificio.

No podemos comprar lo que Él ya pagó.

No podemos presumir delante de la cruz.

Pero tampoco necesitamos vivir desesperados.

Cristo es suficiente.

La cruz destruye nuestro orgullo.

Y también nuestra desesperación.

Nos humilla.

Y nos levanta.

Nos muestra la gravedad del pecado.

Y la grandeza del amor de Dios.

Pero la historia no terminó en una tumba.

Cristo resucitó.

Vive.

Reina.

Intercede.

Y volverá.

Por eso anunciamos al mundo:

Hay perdón.

Hay reconciliación.

Hay libertad.

Hay vida eterna.

Hay salvación en Jesucristo.

Oremos:

Padre celestial, gracias por la cruz.
Gracias porque cuando yo no podía salvarme, enviaste a tu Hijo.
Señor Jesús, gracias porque tomaste mi lugar.
Gracias porque llevaste nuestros pecados sobre el madero.
Gracias por tu sangre preciosa.
Gracias por la redención.
Gracias por el perdón.
Gracias porque abriste el camino para reconciliarnos con Dios.
Líbrame del orgullo de pensar que puedo salvarme a mí mismo.
Y líbrame también de la desesperación que dice que tu gracia no es suficiente.
Ayúdame a vivir cada día mirando la cruz.

Que nunca convierta tu sacrificio en una doctrina fría.
Que la cruz transforme mi carácter, mi manera de servir, mi manera de perdonar y mi manera de tratar a las personas.
Que Cristo sea siempre el centro de mi vida, de mi mensaje y de mi servicio.
Espíritu Santo, dame poder para anunciar este Evangelio con verdad, amor y valentía.
Y permite que muchas personas conozcan al Salvador que murió y resucitó.
En el nombre de Jesús. Amén.

Hemos visto lo que Cristo hizo.

Ahora surge una pregunta:

¿Cómo responde el ser humano al Evangelio?

La Biblia habla de arrepentimiento.

Y habla de fe.

Pero ¿qué significa verdaderamente arrepentirse?

¿Es solamente sentir tristeza?

¿Es miedo al castigo?

¿Es llorar?

¿Es cambiar de religión?

¿Y qué significa creer?

¿Es solamente aceptar que Dios existe?

¿Es conocer información acerca de Jesús?

¿O es confiar personalmente en Él?

Ese será nuestro siguiente paso.

Porque el Evangelio anuncia una obra terminada.

Y llama al pecador a responder.

Arrepentirse.

Creer.

Seguir a Cristo.

La cruz ha abierto el camino.

El Rey está vivo.

El Evangelio sigue avanzando.

Y nosotros también.

¡Vamos con todo, con Cristo!

CAPÍTULO 5

ARREPENTIRSE Y CREER

La respuesta del corazón al Evangelio de Jesucristo

Pedro terminó de predicar.

Había anunciado a Jesús.

Su vida.

Su muerte.

Su resurrección.

Su exaltación.

Y después declaró:

“A este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Hechos 2:36.

La multitud escuchó.

Y algo ocurrió en el corazón.

La Biblia dice:

“Se compungieron de corazón”.

Hechos 2:37.

Entonces preguntaron:

“Varones hermanos, ¿qué haremos?”

Hechos 2:37.

Pedro respondió:

“Arrepentíos”.

Hechos 2:38.

Esa palabra sigue siendo necesaria.

No hay Evangelio bíblico sin arrepentimiento.

Pero también la Biblia dice:

“Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo”.

Hechos 16:31.

Arrepentimiento y fe.

Volverse del pecado.

Y confiar en Cristo.

No son dos caminos separados.

Son la respuesta del corazón al llamado de Dios.

1. Arrepentirse no es solamente sentir tristeza

Una persona puede llorar y no cambiar.

Puede sentirse mal porque fue descubierta.

Puede temer las consecuencias.

Puede lamentar el daño.

Pero el arrepentimiento bíblico es más profundo.

Es un cambio de mente, de dirección y de rendición delante de Dios.

No es solo decir:

“Me equivoqué”.

Es decir:

“Señor, he pecado contra ti. Me vuelvo a ti”.

2. Judas sintió remordimiento, Pedro fue restaurado

Judas sintió culpa.

Pero no corrió hacia Cristo.

Pedro lloró amargamente.

Y después fue restaurado por Jesús.

La diferencia no está en negar la gravedad del pecado.

La diferencia está en hacia dónde corremos con nuestra culpa.

El arrepentimiento verdadero nos lleva a Dios.

No a la desesperación sin esperanza.

3. Arrepentirse es dejar de justificarse

Mientras una persona sigue diciendo:

“Yo no hice nada malo”.

“Todos lo hacen”.

“Fue culpa de otro”.

“Dios entiende”.

“Yo soy así”.

Todavía está defendiendo su pecado.

El arrepentimiento comienza cuando dejamos de escondernos.

Y decimos:

Señor, pequé. Necesito tu gracia.

4. La fe no es solo creer que Dios existe

Santiago dice:

“También los demonios creen, y tiemblan”.

Santiago 2:19.

Creer bíblicamente no es solo aceptar información.

Es confiar personalmente en Cristo.

Es descansar en su obra.

Es recibirlo como Salvador y Señor.

Es dejar de confiar en nuestra justicia y abrazar la justicia de Él.

5. Creer es mirar a Cristo

Jesús recordó la serpiente de bronce en el desierto.

Los israelitas mordidos por serpientes debían mirar y vivir.

Juan 3 conecta esa historia con Cristo.

El pecador mira a Cristo crucificado.

No mira sus méritos.

No mira su religión.

No mira su pasado como fundamento final.

Mira a Jesús.

Y vive.

6. La fe recibe, no presume

La fe es como una mano vacía.

No trae monedas para comprar salvación.

Recibe el regalo de Dios.

Por eso nadie puede decir:

“Fui salvo porque mi fe era impresionante”.

No.

Somos salvos por gracia, por medio de la fe.

Toda la gloria pertenece a Dios.

7. Arrepentimiento y fe producen una nueva dirección

La persona que se arrepiente y cree no sigue caminando igual.

Puede tener luchas.

Puede necesitar proceso.

Puede caer y levantarse.

Pero hay una nueva dirección.

Cristo ahora es Señor.

El pecado ya no es hogar.

La obediencia empieza a ser deseo.

8. El llamado sigue vigente

Pablo predicó que Dios:

“Manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”.

Hechos 17:30.

El arrepentimiento no es un mensaje antiguo que ya no se necesita.

Mientras exista pecado, se necesita arrepentimiento.

Mientras Cristo sea Salvador, se necesita fe.

9. No podemos manipular conversiones

Podemos invitar.

Predicar.

Orar.

Pero no podemos producir nuevo nacimiento por presión emocional.

No debemos fabricar decisiones.

El Espíritu Santo convence.

La Palabra llama.

La persona responde.

Nuestro deber es presentar el Evangelio con claridad y amor.

10. Hoy es día de responder

El Evangelio no debe quedar solamente como información.

Cristo llama.

El pecador debe responder.

Arrepentirse.

Creer.

Seguir.

No mañana por orgullo.

No después por comodidad.

Hoy.

REFLEXIÓN FINAL

Arrepentirse es volverse a Dios.

Creer es confiar en Jesucristo.

No hay salvación por orgullo religioso.

No hay salvación por remordimiento sin fe.

No hay salvación por emoción pasajera.

Hay salvación en Cristo para todo aquel que se arrepiente y cree.

Oremos:

Señor Jesús, reconozco que necesito tu gracia.
Me vuelvo a ti.
Renuncio a justificar mi pecado.
Creo que moriste por mí y resucitaste.
Confío en ti como mi Salvador y Señor.
Guíame en una vida nueva.
Amén.

CAPÍTULO 6

JUSTIFICADOS POR LA FE

Declarados justos delante de Dios por la obra perfecta de Jesucristo

Imagine un tribunal.

El acusado está de pie.

La evidencia ha sido presentada.

No puede negar los hechos.

No puede comprar al juez.

No puede esconder su culpa.

No puede decir:

“Pero hice algunas cosas buenas”.

La justicia exige una respuesta.

Ahora piense en algo más profundo.

No estamos hablando de un tribunal humano.

Estamos hablando de estar delante de Dios.

El Dios santo.

El Dios justo.

El Dios que conoce no solamente nuestras acciones, sino también nuestras intenciones.

¿Quién podrá permanecer de pie delante de Él confiando en su propia justicia?

Pablo responde:

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”.

Romanos 3:20.

Entonces aparece una de las verdades más gloriosas del Evangelio:

Dios justifica al pecador que cree en Jesucristo.

No porque el pecado no importe.

No porque Dios ignore la culpa.

Sino porque Cristo tomó nuestro lugar.

Su justicia es suficiente.

Su sangre fue derramada.

Su obra fue perfecta.

Y el pecador que cree es declarado justo delante de Dios.

1. ¿Qué significa justificar?

Justificar no significa que Dios finge que nunca pecamos.

Tampoco significa que Dios nos declara justos porque ya somos perfectos en conducta.

Justificar significa que Dios declara justo al pecador que cree en Cristo, sobre la base de la obra de Cristo.

Es un acto legal de Dios.

El culpable no es absuelto por mérito propio.

Es justificado por gracia, mediante la fe, por causa de Jesucristo.

2. Justificados gratuitamente

Pablo escribió:

“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”.

Romanos 3:24.

Gratuitamente.

Por gracia.

Mediante la redención.

En Cristo.

Cada palabra importa.

La justificación no se compra.

No se gana.

No se merece.

Se recibe por gracia.

3. La fe recibe la justicia de Cristo

Pablo dijo:

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley”.

Romanos 3:28.

La fe no es una obra meritoria.

Es la mano que recibe.

El creyente deja de confiar en su propia justicia y confía en Cristo.

No dice:

“Dios, acéptame porque he sido bueno”.

Dice:

“Dios, recibo por fe lo que Cristo hizo por mí”.

4. Abraham fue justificado por la fe

Pablo usa el ejemplo de Abraham:

“Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia”.

Romanos 4:3.

Abraham no fue justificado por presumir obras.

Fue justificado por creer.

Esto muestra que la salvación por fe no es una idea nueva.

Desde el comienzo, Dios ha tratado con su pueblo por gracia.

5. David entendió la bendición del perdón

Pablo también cita a David:

“Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos”.

Romanos 4:7.

La justificación trae bendición.

El pecado perdonado.

La culpa cubierta.

La deuda cancelada.

La persona ya no está bajo condenación.

6. Ninguna condenación

Pablo escribió:

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”.

Romanos 8:1.

Esta frase puede levantar al creyente más cansado.

Ninguna condenación.

No porque nunca fallamos.

Sino porque estamos en Cristo.

La condena cayó sobre Él.

La justicia de Cristo cubre al creyente.

7. Justificación no es licencia para pecar

Alguien puede preguntar:

“Si soy justificado por fe, ¿puedo vivir como quiera?”

Pablo responde claramente:

“En ninguna manera”.

Romanos 6:2.

La justificación no produce vida descuidada.

Produce gratitud.

Amor.

Obediencia.

El que ha sido declarado justo ahora comienza a vivir una vida nueva por el poder del Espíritu Santo.

8. La paz con Dios

Pablo escribió:

“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”.

Romanos 5:1.

No solamente paz emocional.

Paz objetiva con Dios.

La guerra terminó.

La deuda fue tratada.

El camino está abierto.

El creyente ya no se acerca como enemigo.

Se acerca reconciliado.

9. Cristo es nuestra justicia

Pablo escribió que Cristo fue hecho para nosotros:

“Justificación”.

1 Corintios 1:30.

Nuestra esperanza no está en una justicia fabricada por nosotros.

Cristo es nuestra justicia.

Cuando Dios nos recibe, nos recibe en su Hijo.

10. La justificación produce humildad y seguridad

Humildad, porque no nos salvamos a nosotros mismos.

Seguridad, porque Cristo no falla.

Si mi esperanza dependiera de mi desempeño perfecto, estaría perdido.

Pero mi esperanza descansa en la obra perfecta de Jesús.

Por eso puedo vivir agradecido, firme y obediente.

REFLEXIÓN FINAL

Ser justificado por la fe significa ser declarado justo delante de Dios por causa de Jesucristo.

No por obras.

No por religión.

No por méritos.

No por comparación.

Por gracia.

Mediante la fe.

En Cristo.

El creyente ya no vive bajo condenación.

Tiene paz con Dios.

Y ahora vive agradecido, obedeciendo al Señor que lo salvó.

Oremos:

Padre celestial, gracias porque en Cristo soy justificado por gracia mediante la fe.
Renuncio a confiar en mi propia justicia.
Gracias porque Jesús tomó mi lugar y su justicia es suficiente.
Ayúdame a vivir con humildad, gratitud, seguridad y obediencia.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 7

NACIDOS DE NUEVO

Regeneración, vida nueva y transformación por el Espíritu Santo

Era de noche.

Un hombre caminaba para encontrarse con Jesús.

No era un hombre cualquiera.

Se llamaba Nicodemo.

Era fariseo.

Principal entre los judíos.

Maestro de Israel.

Conocía las Escrituras.

Conocía la Ley.

Conocía las tradiciones.

Había estudiado durante años.

Seguramente muchas personas acudían a él para hacerle preguntas espirituales.

Pero aquella noche fue él quien vino con preguntas.

Nicodemo comenzó diciendo:

“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro”.

Juan 3:2.

Pero Jesús no permitió que la conversación permaneciera en los elogios.

Fue directamente al corazón del problema:

“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.

Juan 3:3.

Nicodemo quedó confundido.

¿Cómo podía un hombre volver a nacer?

¿Cómo podía regresar al vientre de su madre?

Jesús no estaba hablando de un segundo nacimiento físico.

Estaba hablando de algo que Nicodemo, con toda su religión, todavía necesitaba.

Vida espiritual.

Nicodemo tenía conocimiento.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

Tenía religión.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

Tenía disciplina.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

Tenía reconocimiento.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

Era maestro.

Pero necesitaba nacer de nuevo.

Esta verdad sigue siendo necesaria hoy.

Una persona puede crecer dentro de una iglesia y necesitar nacer de nuevo.

Puede conocer canciones cristianas.

Puede memorizar versículos.

Puede tener padres creyentes.

Puede estudiar teología.

Puede ocupar una posición ministerial.

Puede predicar.

Puede dirigir.

Puede tener una biblioteca llena de libros cristianos.

Y todavía la pregunta permanece:

¿Ha nacido de nuevo?

Porque el cristianismo bíblico no consiste solamente en adoptar una religión.

Es recibir vida de Dios.

1. El problema del ser humano es más profundo que la conducta

Cuando vemos una fruta dañada en un árbol, podemos arrancarla.

Pero si la raíz está enferma, aparecerán otras frutas dañadas.

Podemos pintar las hojas.

Podemos decorar el tronco.

Podemos colocar luces alrededor del árbol.

Pero el problema permanece en la raíz.

Así ocurre con el corazón humano.

Muchas personas intentan cambiar solamente comportamientos externos.

Dejan una práctica.

Comienzan otra.

Cambian de ambiente.

Hacen promesas.

Se disciplinan durante un tiempo.

Algunas de esas decisiones pueden ser buenas.

Pero Jesús dijo que necesitamos algo más profundo.

Necesitamos nacer de nuevo.

La salvación no es solamente modificación de conducta.

Es transformación espiritual.

2. No necesitamos solamente una versión mejorada de nosotros mismos

El Evangelio no dice:

“Conviértete en una versión ligeramente mejor de la persona que ya eres”.

Pablo escribió:

“Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”.

2 Corintios 5:17.

Nueva criatura.

Hay continuidad.

Seguimos siendo nosotros.

Con nuestra historia.

Nuestra personalidad.

Nuestros recuerdos.

Pero algo fundamental ha ocurrido.

Dios nos ha dado vida espiritual.

Ha comenzado una obra nueva.

La persona que estaba muerta espiritualmente ahora vive.

3. ¿Qué es la regeneración?

Regeneración es la obra de Dios mediante la cual da vida espiritual al pecador.

Es el nuevo nacimiento.

No es simplemente emoción religiosa.

No es mejorar la reputación.

No es cambiar de denominación.

No es comenzar a utilizar vocabulario cristiano.

Es una obra sobrenatural de Dios.

Pablo escribió:

“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”.

Tito 3:5.

La regeneración es obra de Dios.

4. Estábamos muertos, no simplemente débiles

Pablo escribió:

“Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados”.

Efesios 2:1.

Observe el lenguaje.

No dice solamente enfermos.

Dice muertos.

Esto muestra la profundidad de nuestra necesidad.

Una persona muerta no necesita motivación.

Necesita vida.

No necesita que alguien le grite:

“¡Esfuérzate más!”

Necesita una intervención que ella no puede producir.

Eso hace Dios en la regeneración.

Da vida.

5. Dios es quien da vida

Después de describir nuestra condición, Pablo escribe dos palabras gloriosas:

“Pero Dios”.

Efesios 2:4.

Estábamos muertos.

Pero Dios.

Éramos hijos de ira.

Pero Dios.

Seguíamos la corriente de este mundo.

Pero Dios.

Pablo continúa:

“Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo”.

Efesios 2:5.

La salvación comienza con la iniciativa de Dios.

Por eso toda la gloria le pertenece a Él.

6. Jesús habló de nacer del agua y del Espíritu

Jesús dijo a Nicodemo:

“El que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”.

Juan 3:5.

Estas palabras tienen un trasfondo poderoso en las promesas del Antiguo Testamento.

Ezequiel había anunciado:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias”.

Ezequiel 36:25.

Y después:

“Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros”.

Ezequiel 36:26.

Jesús estaba hablando de limpieza.

Renovación.

Corazón nuevo.

Vida por el Espíritu.

Nicodemo, como maestro de Israel, debía reconocer estas promesas.

7. Dios promete un corazón nuevo

El problema del ser humano no se resuelve solamente con reglas externas.

Necesitamos un corazón transformado.

Dios dijo por medio de Ezequiel:

“Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne”.

Ezequiel 36:26.

Un corazón de piedra es insensible.

Resistente.

Duro.

Pero Dios puede transformar.

Puede hacer sensible al que era indiferente.

Puede despertar hambre por su Palabra.

Puede producir odio hacia el pecado que antes amábamos.

Puede crear amor por Cristo.

Eso es obra de gracia.

8. El viento sopla de donde quiere

Jesús dijo:

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Juan 3:8.

No podemos controlar al Espíritu Santo.

No podemos producir regeneración mediante técnicas.

No existe una fórmula humana capaz de fabricar el nuevo nacimiento.

Podemos predicar.

Enseñar.

Evangelizar.

Orar.

Servir.

Explicar el Evangelio.

Pero solo Dios puede dar vida.

Esto debe mantener humilde a todo ministro.

9. No podemos fabricar conversiones

Este punto es importante.

A veces existe presión por mostrar resultados.

Números.

Decisiones.

Personas levantando la mano.

Personas pasando al frente.

Pero una respuesta externa no siempre significa regeneración.

No debemos manipular emociones.

No debemos prometer cosas que Cristo no prometió.

No debemos presionar a una persona para producir una estadística.

Nuestra responsabilidad es anunciar fielmente el Evangelio.

El Espíritu Santo convence.

Dios da vida.

La persona responde con arrepentimiento y fe.

10. La conversión verdadera produce señales de vida

Cuando nace un niño, sabemos que está vivo porque hay señales.

Respira.

Llora.

Se mueve.

Tiene hambre.

De manera semejante, cuando Dios da vida espiritual, comienzan a aparecer señales.

No perfección instantánea.

Pero sí vida.

Deseo de Dios.

Convicción de pecado.

Amor por Cristo.

Hambre por la Palabra.

Deseo de orar.

Cambio de dirección.

Amor hacia otros creyentes.

Deseo de obedecer.

La vida produce evidencia.

11. No confundamos emoción con regeneración

Una persona puede emocionarse en una reunión.

Llorar.

Sentir escalofríos.

Escuchar una canción y experimentar una emoción profunda.

Nada de eso es necesariamente malo.

Somos seres emocionales.

Pero la emoción por sí sola no es evidencia suficiente del nuevo nacimiento.

Jesús habló de personas que reciben la palabra con gozo, pero no tienen raíz.

Marcos 4:16-17.

La prueba no es solamente cómo comenzamos.

También importa la perseverancia.

El fruto.

La dirección de la vida.

12. La parábola del sembrador nos llama a examinarnos

Jesús habló de diferentes terrenos.

La misma semilla fue sembrada.

Pero las respuestas fueron diferentes.

Algunas semillas fueron comidas por las aves.

Otras crecieron rápidamente, pero se secaron.

Otras fueron ahogadas por espinos.

Y otras dieron fruto.

Marcos 4.

Esto nos enseña que una reacción inicial no siempre representa una transformación profunda.

Por eso el discipulado es fundamental.

Predicamos.

Pero también enseñamos.

Evangelizamos.

Pero también formamos.

Recibimos personas.

Pero también caminamos con ellas.

13. El nuevo nacimiento cambia nuestra relación con el pecado

Juan escribió:

“Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado”.

1 Juan 3:9.

Este texto no enseña que el creyente alcanza perfección absoluta inmediatamente.

La misma carta enseña que los creyentes todavía necesitan confesar pecados.

1 Juan 1:9.

El punto es que el pecado ya no gobierna la vida de la misma manera.

El creyente puede caer.

Pero no puede hacer paz con el pecado.

Hay lucha.

Convicción.

Arrepentimiento.

Deseo de volver a Dios.

14. Antes justificábamos; ahora confesamos

Una señal de vida espiritual es una nueva actitud frente al pecado.

Antes decíamos:

“No es tan grave”.

“Todos lo hacen”.

“Yo soy así”.

“Fue culpa de otro”.

Pero cuando el Espíritu trabaja en nosotros, comenzamos a decir:

“Señor, esto está mal”.

“Perdóname”.

“Cámbiame”.

“Ayúdame”.

El nuevo nacimiento no produce personas que nunca necesitan arrepentirse.

Produce personas que ya no pueden vivir tranquilamente lejos de Dios.

15. El nuevo nacimiento produce amor por Cristo

Pedro escribió a creyentes que no habían visto físicamente a Jesús:

“A quien amáis sin haberle visto”.

1 Pedro 1:8.

¿Cómo puede una persona amar a Cristo sin haberlo visto con sus ojos?

Porque Dios ha obrado en su corazón.

El Evangelio deja de ser información distante.

Cristo se convierte en el tesoro del creyente.

Queremos conocerlo.

Obedecerlo.

Honrarlo.

Hablar de Él.

16. El nuevo nacimiento produce hambre por la Palabra

Pedro escribió:

“Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada”.

1 Pedro 2:2.

Un recién nacido tiene hambre.

De la misma manera, la vida espiritual produce deseo de alimento espiritual.

Esto no significa que cada día tendremos la misma emoción al leer.

Pero existe una nueva relación con la Palabra.

Queremos conocer la verdad.

Necesitamos ser alimentados.

Queremos crecer.

17. El nuevo nacimiento produce una nueva relación con la oración

Antes, la oración podía ser solamente una costumbre religiosa.

O un recurso de emergencia.

Pero el nuevo nacimiento nos lleva hacia una relación viva con Dios.

Oramos porque dependemos.

Porque amamos.

Porque necesitamos dirección.

Porque queremos adorar.

Porque tenemos cargas.

Porque intercedemos por otros.

El Espíritu produce en nosotros una nueva relación con el Padre.

18. El nuevo nacimiento nos incorpora a una familia

La vida cristiana no fue diseñada para ser vivida en aislamiento.

Cuando nacemos de nuevo, entramos en la familia de Dios.

Juan escribió:

“Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos”.

1 Juan 3:14.

El amor por otros creyentes es una señal importante.

No significa que siempre será fácil.

La Iglesia está formada por personas en proceso.

Pero el Espíritu produce amor.

Paciencia.

Perdón.

Servicio.

Unidad.

19. El nuevo nacimiento no elimina nuestra personalidad

Dios no convierte a todos en copias idénticas.

Pedro siguió siendo Pedro.

Pablo siguió siendo Pablo.

Juan siguió siendo Juan.

Diferentes personalidades.

Diferentes dones.

Diferentes historias.

Pero todos transformados por Cristo.

La gracia no destruye la personalidad.

La redime.

El impulsivo aprende dominio propio.

El temeroso aprende valentía.

El orgulloso aprende humildad.

El egoísta aprende generosidad.

Cristo transforma lo que somos para su gloria.

20. Saulo: cuando una dirección cambia

Saulo viajaba hacia Damasco.

Tenía cartas.

Tenía autoridad.

Tenía una misión.

Perseguir a los cristianos.

Pensaba que estaba sirviendo a Dios.

Pero encontró a Cristo.

Hechos 9.

Después de aquel encuentro, su dirección cambió.

El perseguidor se convirtió en predicador.

El hombre que quería destruir la Iglesia comenzó a sufrir por Cristo.

Esto no fue simplemente un cambio de opinión académica.

Fue una vida transformada.

21. Zaqueo: cuando el corazón cambia, el dinero también lo siente

Zaqueo era cobrador de impuestos.

Después de encontrarse con Jesús, dijo:

“La mitad de mis bienes doy a los pobres”.

Lucas 19:8.

Y habló de restitución.

Jesús declaró:

“Hoy ha venido la salvación a esta casa”.

Lucas 19:9.

Observe algo.

Jesús no dijo que Zaqueo compró la salvación mediante sus obras.

Sus obras mostraron que algo había ocurrido en su corazón.

La gracia llegó.

Y el fruto comenzó a aparecer.

22. La mujer samaritana: de esconderse a anunciar

Juan 4 presenta a una mujer con una historia complicada.

Jesús habló con ella.

La confrontó.

Le reveló la verdad.

Y algo ocurrió.

La mujer dejó su cántaro.

Fue a la ciudad.

Y dijo:

“Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho”.

Juan 4:29.

La mujer que llegó sola al pozo regresó como mensajera.

El encuentro con Cristo produjo movimiento.

La vida nueva quiere hablar de Jesús.

23. El endemoniado gadareno: vestido, sentado y en su juicio cabal

Marcos 5 presenta a un hombre en una condición terrible.

Vivía entre sepulcros.

Nadie podía dominarlo.

Se hería.

Estaba atormentado.

Después del encuentro con Jesús, las personas lo vieron:

“Sentado, vestido y en su juicio cabal”.

Marcos 5:15.

Y después Jesús le dijo:

“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo”.

Marcos 5:19.

Restaurado.

Y enviado.

Esta secuencia es poderosa.

Cristo transforma.

Y después convierte testimonios en instrumentos de misión.

24. No todas las conversiones ocurren de la misma manera

Pablo tuvo un encuentro dramático en el camino a Damasco.

Lidia escuchó la predicación de Pablo y:

“El Señor abrió el corazón de ella”.

Hechos 16:14.

El carcelero de Filipos vivió una noche extraordinaria.

Timoteo había recibido enseñanza desde joven.

Las experiencias pueden ser diferentes.

No debemos exigir que todos tengan exactamente el mismo testimonio.

Lo esencial es la obra de Dios y la fe en Cristo.

25. Algunos pueden recordar el día exacto; otros, no

Hay personas que pueden decir:

“Fue aquel martes, a las ocho de la noche”.

Otras crecieron escuchando el Evangelio y no pueden señalar con precisión un momento.

La pregunta principal no es:

¿Puede recordar la fecha exacta?

La pregunta es:

¿Está confiando hoy en Jesucristo?

¿Existe evidencia de vida espiritual?

¿Hay una nueva dirección?

No construimos nuestra seguridad solamente sobre un recuerdo emocional.

La construimos sobre Cristo y sus promesas.

26. El bautismo no debe confundirse con la regeneración automática

El bautismo es importante.

Jesús lo ordenó.

Es una expresión pública de identificación con Cristo.

Pero el rito externo no produce automáticamente vida espiritual.

Una persona puede entrar al agua sin fe y salir mojada, pero no regenerada.

La salvación es obra de Dios.

El bautismo expresa nuestra unión con Cristo y nuestra obediencia a Él.

No es magia religiosa.

27. Tampoco la membresía produce nuevo nacimiento

Una persona puede aparecer en una lista de miembros.

Tener una credencial.

Una posición.

Un uniforme.

Un título.

Pero ninguna institución humana puede producir regeneración.

La Iglesia debe recibir, enseñar, cuidar y disciplinar bíblicamente.

Pero solo Dios conoce perfectamente el corazón.

Por eso cada persona debe examinarse delante del Señor.

28. La educación teológica tampoco produce vida por sí misma

Esto debe ser dicho dentro de todo instituto cristiano.

Podemos estudiar doctrina.

Historia.

Hermenéutica.

Teología sistemática.

Guerra espiritual.

Capellanía.

Misiones.

Todo eso puede ser valioso.

Pero una persona puede aprobar exámenes y todavía necesitar nacer de nuevo.

La formación teológica no reemplaza la regeneración.

Estudiamos porque amamos a Cristo.

No para sustituir una relación viva con Él.

29. El Espíritu Santo es el agente del nuevo nacimiento

Jesús dijo:

“Lo que es nacido del Espíritu, espíritu es”.

Juan 3:6.

El Espíritu Santo da vida.

Convence.

Ilumina.

Nos lleva a Cristo.

Renueva.

Habita en el creyente.

Por eso la salvación cristiana es profundamente trinitaria.

El Padre planea y envía.

El Hijo realiza la redención.

El Espíritu aplica la obra de Cristo a nosotros.

Un solo Dios obrando en nuestra salvación.

30. El nuevo nacimiento y la fe no deben separarse

La Biblia presenta la salvación como una obra de Dios que produce una respuesta real del ser humano.

Dios da vida.

El pecador se arrepiente.

El pecador cree.

No somos robots.

La fe es real.

El arrepentimiento es real.

Pero tampoco podemos presumir como si hubiéramos producido nuestra propia vida espiritual.

Todo es gracia.

Por eso Pablo pregunta:

“¿Qué tienes que no hayas recibido?”

1 Corintios 4:7.

31. El nuevo nacimiento produce una nueva identidad

Antes nuestra identidad estaba construida sobre muchas cosas.

El pasado.

Los errores.

Los logros.

La familia.

La profesión.

La nacionalidad.

La opinión de otros.

Pero en Cristo recibimos una identidad más profunda.

Somos nuevas criaturas.

Perdonados.

Reconciliados.

Y, como veremos en el próximo capítulo, adoptados como hijos.

La vida nueva comienza a responder una pregunta esencial:

¿Quién soy ahora en Cristo?

32. El pasado ya no tiene la última palabra

Pablo escribió:

“Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados”.

1 Corintios 6:11.

Observe:

Esto erais.

Había un pasado.

Pero Dios había obrado.

Esto no significa negar la historia.

Significa que la historia ya no es el señor de nuestra identidad.

Cristo tiene la última palabra.

33. Nueva vida no significa ausencia de lucha

Aquí necesitamos equilibrio.

Algunas personas creen que si nacieron de nuevo nunca volverán a tener luchas.

Eso no es lo que enseña la Biblia.

Pablo habla del conflicto entre la carne y el Espíritu.

Gálatas 5:17.

El creyente todavía enfrenta tentaciones.

Todavía necesita disciplina.

Todavía debe renovar su mente.

Todavía necesita comunidad.

Todavía necesita oración.

La diferencia es que ahora hay vida.

Hay lucha donde antes había rendición.

Hay convicción donde antes había indiferencia.

Hay un nuevo poder obrando en nosotros.

34. Una batalla puede ser evidencia de vida

Imagine un pez vivo nadando contra la corriente.

El pez muerto simplemente es arrastrado.

El creyente puede sentirse cansado por la lucha contra el pecado.

Pero el hecho de que exista lucha puede mostrar que hay una nueva dirección.

No debemos conformarnos.

Pero tampoco debemos confundir lucha con ausencia de salvación.

La pregunta es:

¿Estamos luchando en dependencia de Cristo?

¿O hemos hecho paz con el pecado?

35. El Espíritu produce deseos nuevos

Pablo escribió:

“Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”.

Filipenses 2:13.

Dios obra en nuestros deseos.

Antes tal vez no queríamos orar.

Ahora existe deseo.

Antes la Palabra era indiferente.

Ahora queremos comprenderla.

Antes no nos importaba el perdido.

Ahora sentimos carga.

Antes vivíamos para nosotros.

Ahora queremos glorificar a Cristo.

Estos deseos deben ser cultivados.

Pero su aparición es obra de gracia.

36. El nuevo nacimiento debe ser seguido por crecimiento

Un bebé vivo es motivo de alegría.

Pero si después de muchos años no crece, hay un problema.

De la misma manera, el nuevo nacimiento es el comienzo.

No el final.

Pedro escribió:

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

2 Pedro 3:18.

La Iglesia no debe solamente contar decisiones.

Debe formar discípulos.

37. Evangelizar sin discipular deja personas vulnerables

Jesús no dijo solamente:

“Consigan decisiones”.

Dijo:

“Haced discípulos”.

Mateo 28:19.

Eso implica enseñar.

Bautizar.

Acompañar.

Formar.

Corregir.

Animar.

Enviar.

Una persona recién nacida espiritualmente necesita alimento.

Necesita familia.

Necesita protección.

Necesita aprender a caminar.

Por eso los centros de formación, las iglesias locales, los libros, las clases y el acompañamiento personal pueden convertirse en herramientas poderosas cuando sirven al propósito de hacer discípulos.

38. No podemos abandonar al recién convertido

Imagine un hospital donde celebran cada nacimiento.

Toman fotografías.

Aplauden.

Publican estadísticas.

Pero después dejan al bebé solo en la calle.

Sería una tragedia.

A veces algo parecido ocurre espiritualmente.

Celebramos una conversión.

Pero nadie llama a la persona.

Nadie la enseña.

Nadie responde sus preguntas.

Nadie la ayuda en sus primeras luchas.

Eso debe cambiar.

Evangelización y discipulado deben caminar juntos.

39. La persona nueva necesita aprender una vida nueva

El recién convertido puede traer años de hábitos.

Heridas.

Formas equivocadas de pensar.

Relaciones desordenadas.

Costumbres destructivas.

La regeneración es real.

Pero ahora comienza un proceso de renovación.

Pablo escribió:

“Transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento”.

Romanos 12:2.

La mente necesita ser renovada por la verdad.

40. La libertad también necesita formación

Una persona puede experimentar liberación de una opresión.

Pero necesita aprender a vivir en Cristo.

Necesita verdad.

Oración.

Comunidad.

Santidad.

Discernimiento.

La liberación bíblica no debe dejar una casa vacía.

Debe conducir al discipulado.

A la llenura del Espíritu.

A la Palabra.

A la comunión con la Iglesia.

A una vida nueva.

41. El nuevo nacimiento produce una nueva misión

Jesús dijo a sus discípulos:

“Como me envió el Padre, así también yo os envío”.

Juan 20:21.

La persona salvada se convierte en testigo.

No todos tendrán el mismo ministerio.

No todos predicarán desde una plataforma.

Pero todos pueden dar testimonio de Cristo.

En la familia.

En el trabajo.

En la comunidad.

En las redes.

En las naciones.

La vida nueva tiene propósito.

42. No nacimos de nuevo para permanecer inmóviles

La salvación no es solamente:

“Ahora estoy seguro. Me sentaré hasta llegar al cielo”.

No.

Fuimos creados en Cristo para buenas obras.

Efesios 2:10.

Dios tiene propósito.

Servicio.

Misión.

Crecimiento.

Fruto.

Hay personas que necesitan escuchar.

Hay nuevos creyentes que necesitan formación.

Hay comunidades que necesitan obreros.

Hay naciones que necesitan el Evangelio.

Estamos vivos.

Por tanto, caminemos.

43. Una Iglesia viva se reproduce

La vida produce vida.

Una Iglesia saludable evangeliza.

Forma.

Envía.

Multiplica.

No vive solamente para mantener actividades internas.

Mira hacia afuera.

Ve al perdido.

Ve al nuevo creyente.

Ve al futuro líder.

Ve la próxima ciudad.

La próxima región.

La próxima nación.

El próximo idioma.

La vida espiritual produce movimiento misionero.

44. La regeneración cambia nuestra relación con el futuro

Antes podíamos vivir sin esperanza.

Atrapados por el pasado.

Temiendo la muerte.

Pero el nuevo nacimiento nos introduce en una esperanza viva.

Pedro escribió:

“Nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”.

1 Pedro 1:3.

Renacer.

Esperanza.

Resurrección.

El creyente mira hacia adelante.

No porque la vida será fácil.

Sino porque Cristo resucitó.

45. La vida nueva apunta hacia la resurrección final

El nuevo nacimiento es el comienzo de una obra que apunta hacia una restauración completa.

Nuestro cuerpo todavía envejece.

Sufre.

Enferma.

Muere.

Pero nuestra esperanza no termina en la tumba.

Cristo resucitó.

Y quienes están en Él también resucitarán.

La salvación incluye un futuro glorioso.

Más adelante hablaremos de la glorificación.

Por ahora, debemos comprender esto:

La vida que Dios comienza, apunta hacia la eternidad.

46. ¿Cómo puedo saber si he nacido de nuevo?

Esta pregunta es importante.

No debemos responder basándonos solamente en una emoción pasada.

La Escritura nos llama a mirar a Cristo y también a examinar el fruto de nuestra vida.

Pregúntese:

¿Confío en Jesucristo como mi única esperanza de salvación?

¿Existe arrepentimiento real?

¿Hay una nueva dirección?

¿Amo a Cristo?

¿Deseo su Palabra?

¿Hay lucha contra el pecado?

¿Amo a los hermanos?

¿Existe fruto, aunque todavía esté creciendo?

No buscamos perfección instantánea.

Buscamos evidencia de vida.

47. No se engañe, pero tampoco viva atormentado

Hay dos peligros.

El primero es falsa seguridad.

Decir:

“Una vez levanté la mano, por eso no importa cómo vivo”.

Eso es peligroso.

El segundo es vivir en una inseguridad permanente, mirando cada día nuestros sentimientos en lugar de mirar a Cristo.

La seguridad bíblica descansa en las promesas de Dios y es confirmada por la obra del Espíritu en nuestra vida.

Mire a Cristo.

Examine su caminar.

Permanezca en Él.

48. El nuevo nacimiento no es el premio para quienes ya cambiaron

Tal vez alguien piensa:

“Primero debo arreglar mi vida y después venir a Cristo”.

No.

Venga a Cristo.

Usted necesita vida para comenzar a vivir.

Necesita gracia para comenzar a cambiar.

Necesita al Espíritu Santo.

No espere estar limpio para ir al Médico.

Vaya a Él.

Cristo recibe al que viene.

49. La Iglesia debe predicar: “Os es necesario nacer de nuevo”

En una época de cristianismo cultural, este mensaje sigue siendo urgente.

No basta una etiqueta.

No basta una tradición.

No basta decir:

“Mi familia siempre ha sido cristiana”.

Cada persona necesita responder al Evangelio.

Cada generación necesita conocer a Cristo.

Nuestros hijos no heredan automáticamente nuestra fe.

Debemos enseñarles.

Orar por ellos.

Dar ejemplo.

Presentarles el Evangelio.

Y pedir que Dios haga una obra real en sus corazones.

50. La meta no es llenar edificios de personas no transformadas

La Iglesia debe abrir sus puertas.

Recibir al herido.

Buscar al perdido.

Amar al pecador.

Pero nunca debe rebajar el mensaje para llenar una sala.

Jesús sigue diciendo:

“Os es necesario nacer de nuevo”.

Juan 3:7.

No necesitamos solamente multitudes.

Necesitamos discípulos.

Personas transformadas por el Evangelio.

Llenas del Espíritu.

Formadas en la Palabra.

Comprometidas con Cristo.

Enviadas a la misión.

51. De Nicodemo en la noche a Nicodemo frente a la cruz

La historia de Nicodemo no termina en Juan 3.

Más adelante aparece defendiendo un procedimiento justo cuando otros querían condenar a Jesús sin escucharlo.

Juan 7:50-51.

Y después de la muerte de Jesús, Nicodemo aparece nuevamente.

Trajo una gran cantidad de mirra y áloes para la sepultura.

Juan 19:39.

El hombre que comenzó acercándose de noche aparece públicamente relacionado con el cuerpo de Jesús.

La Biblia no nos da todos los detalles de su proceso.

Pero su historia nos recuerda que Dios trabaja con personas reales.

A veces mediante procesos que nosotros no vemos completamente.

Sembramos.

Enseñamos.

Oramos.

Y confiamos en Dios.

52. El nuevo nacimiento es un milagro que debemos esperar

Cuando miramos una persona atrapada durante años, podemos pensar:

“Nunca cambiará”.

Cuando miramos una comunidad difícil:

“Es imposible”.

Cuando miramos una nación cerrada:

“No hay esperanza”.

Pero si Dios puede dar vida al muerto espiritual, entonces debemos evangelizar con esperanza.

No confiando en nuestra elocuencia.

Sino en el poder de Dios.

El Evangelio sigue siendo poder de Dios para salvación.

Romanos 1:16.

53. No subestime lo que Dios puede hacer con una vida nueva

Un pescador llamado Pedro.

Un perseguidor llamado Saulo.

Una mujer samaritana.

Un cobrador de impuestos llamado Zaqueo.

Un endemoniado restaurado.

Un carcelero de Filipos.

Personas diferentes.

Historias diferentes.

Pero tocadas por la gracia.

Nunca sabemos hasta dónde puede llegar una vida verdaderamente rendida a Cristo.

Un nuevo creyente de hoy puede convertirse mañana en un evangelista.

Un maestro.

Un misionero.

Un pastor.

Un capellán.

Un escritor.

Un formador de discípulos.

Un padre que transforma la historia espiritual de su familia.

Una mujer que lleva el Evangelio a toda una comunidad.

Por eso debemos formar personas.

No sabemos lo que Dios hará con ellas.

54. La vida nueva debe convertirse en testimonio

El hombre de Marcos 5 quería acompañar físicamente a Jesús.

Pero Jesús le dio una misión:

“Cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo”.

Marcos 5:19.

Tal vez usted todavía no conoce toda la Biblia.

Tal vez apenas comienza.

Pero puede decir:

Esto hizo Cristo conmigo.

El testimonio no reemplaza la enseñanza bíblica.

Pero puede abrir una puerta.

Las personas pueden discutir una idea.

Pero es difícil ignorar una vida transformada.

55. Nacidos de nuevo para una vida que glorifique a Cristo

La meta final no es que la gente diga:

“Qué persona tan impresionante”.

La meta es:

“Qué grande es Cristo”.

Jesús dijo:

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

Mateo 5:16.

La vida nueva debe señalar a Dios.

Nuestros cambios.

Nuestro servicio.

Nuestro amor.

Nuestra perseverancia.

Todo debe apuntar hacia Cristo.

REFLEXIÓN FINAL

Nicodemo tenía religión.

Conocimiento.

Posición.

Disciplina.

Pero Jesús le dijo:

“Os es necesario nacer de nuevo”.

Esa palabra sigue vigente.

El ser humano no necesita solamente mejorar su conducta.

Necesita vida.

No necesita solamente información.

Necesita regeneración.

No necesita maquillaje religioso.

Necesita un corazón nuevo.

Y esa obra la realiza Dios por medio del Espíritu Santo.

El nuevo nacimiento produce vida.

No perfección instantánea.

Pero sí una nueva dirección.

Un nuevo amor por Cristo.

Una nueva relación con el pecado.

Hambre por la Palabra.

Deseo de oración.

Amor por los hermanos.

Fruto.

Misión.

Esperanza.

La persona que estaba muerta ahora vive.

La que estaba perdida ha sido encontrada.

La que vivía solamente para sí comienza a vivir para Cristo.

Y la que ha recibido vida se convierte en testigo de Aquel que la salvó.

Por eso no podemos conformarnos con llenar templos.

Queremos ver vidas transformadas.

No buscamos solamente decisiones momentáneas.

Queremos hacer discípulos.

No queremos abandonar al nuevo creyente.

Queremos formarlo.

Acompañarlo.

Fortalecerlo.

Y enviarlo.

Porque una vida verdaderamente tocada por Cristo puede alcanzar a muchas otras.

Oremos:

Padre celestial, gracias porque la salvación es mucho más que un cambio externo.
Gracias porque tú das vida al que estaba muerto.
Gracias por la obra del Espíritu Santo.
Examíname, Señor.
No permitas que confíe solamente en una tradición religiosa, en una posición, en un título o en una experiencia pasada.
Quiero vivir en una relación verdadera con Jesucristo.
Produce en mí hambre por tu Palabra.
Amor por la oración.
Odio hacia el pecado.
Amor por mis hermanos.
Compasión por los perdidos.
Y pasión por tu misión.
Ayúdame a crecer.
A madurar.
A dar fruto.
Y a ayudar a otros a crecer.
Que la vida nueva que me has dado glorifique siempre a Jesucristo.
En el nombre de Jesús. Amén.

Hemos visto que Dios nos da vida.

Pero ahora aparece una verdad todavía más cercana al corazón.

Dios no solamente nos perdona.

No solamente nos justifica.

No solamente nos da vida.

Hace algo extraordinario:

Nos recibe en su familia.

El pecador perdonado se convierte en hijo.

El que estaba lejos puede decir:

Abba, Padre.

El esclavo recibe una nueva identidad.

El huérfano espiritual encuentra una familia.

Ese será nuestro próximo paso.

La adopción.

Nuestra identidad como hijos de Dios.

Seguimos creciendo.

Seguimos avanzando.

Y seguimos llevando esta vida nueva a otros.

¡Vamos con todo, con Cristo!

CAPÍTULO 8

ADOPTADOS EN LA FAMILIA DE DIOS

Nuestra nueva identidad como hijos, herederos y miembros del pueblo de Dios

Un niño puede recibir comida.

Puede recibir ropa.

Puede recibir educación.

Puede recibir protección.

Puede incluso vivir durante un tiempo en la casa de una familia.

Pero existe algo profundamente diferente cuando alguien le dice:

“Desde hoy, tú eres mi hijo”.

Ya no es solamente un visitante.

Ya no es alguien que recibe ayuda desde afuera.

Ahora tiene un nombre.

Una familia.

Una casa.

Una relación.

Una herencia.

Una identidad.

Esta imagen puede ayudarnos a comprender una de las verdades más hermosas de la salvación.

Dios no solamente perdona al pecador.

Lo recibe.

No solamente cancela su deuda.

Lo acerca.

No solamente lo saca de la condenación.

Lo introduce en su familia.

Pablo escribió:

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15.

Piense en esto.

El Dios santo.

El Creador del universo.

El Rey eterno.

Nos permite acercarnos y llamarlo:

Padre.

No porque todos los seres humanos sean automáticamente hijos de Dios en el sentido redentor.

Todos son criaturas de Dios.

Todos poseen dignidad por haber sido creados a su imagen.

Pero la Biblia enseña que existe una relación especial de filiación para quienes reciben a Cristo.

Juan escribió:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

Juan 1:12.

La adopción es parte de la grandeza de nuestra salvación.

Éramos culpables.

Ahora somos justificados.

Estábamos muertos.

Ahora tenemos vida.

Éramos enemigos.

Ahora estamos reconciliados.

Estábamos lejos.

Ahora hemos sido acercados.

Éramos extraños.

Ahora somos familia.

Esta verdad cambia nuestra manera de relacionarnos con Dios.

Con nosotros mismos.

Con el pasado.

Con otros creyentes.

Con la Iglesia.

Con la misión.

Y con el futuro.

Porque quien sabe que tiene Padre no tiene que vivir como huérfano espiritual.

1. La salvación nos lleva a una relación con el Padre

Jesús no vino solamente para enseñarnos principios morales.

Vino para reconciliarnos con Dios.

Por medio de Cristo tenemos acceso al Padre.

Pablo escribió:

“Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Efesios 2:18.

Observe la dimensión trinitaria.

Por medio del Hijo.

En un mismo Espíritu.

Al Padre.

La salvación nos introduce en una relación viva con Dios.

2. Jesús nos enseñó a decir: “Padre nuestro”

Los discípulos pidieron a Jesús:

“Señor, enséñanos a orar”.

Lucas 11:1.

Jesús comenzó:

“Padre nuestro que estás en los cielos”.

Mateo 6:9.

Para muchos, la oración es solamente una lista de necesidades.

Pero Jesús nos enseña a comenzar desde una relación.

Padre nuestro.

Antes de pedir el pan.

Antes de pedir perdón.

Antes de pedir protección.

Recordamos quién es Él.

Y recordamos quiénes somos en relación con Él.

3. No todos han tenido una buena experiencia con su padre terrenal

Aquí debemos detenernos.

Para algunas personas, la palabra padre produce alegría.

Recuerdan protección.

Consejo.

Trabajo.

Sacrificio.

Presencia.

Pero para otras personas, la palabra padre está relacionada con ausencia.

Abandono.

Violencia.

Alcoholismo.

Silencio.

Rechazo.

Promesas incumplidas.

Tal vez alguien nunca conoció a su padre.

Otro lo conoció, pero hubiera deseado no vivir ciertas experiencias.

Por eso, cuando hablamos de Dios como Padre, no debemos proyectar sobre Él las fallas de nuestros padres humanos.

Dios no es una versión ampliada de nuestros padres terrenales.

Él es el Padre perfecto.

4. Dios no abandona a sus hijos

El salmista escribió:

“Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá”.

Salmo 27:10.

Qué promesa para el corazón herido.

Las personas pueden fallar.

Las familias pueden romperse.

Los seres humanos pueden abandonar.

Pero Dios es fiel.

Esto no elimina automáticamente las heridas emocionales.

A veces será necesario un proceso de sanidad, perdón, acompañamiento y renovación de la mente.

Pero la verdad permanece:

En Cristo no estamos abandonados.

Tenemos Padre.

5. La adopción fue el propósito amoroso de Dios

Pablo escribió:

“En amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo”.

Efesios 1:5.

La adopción no fue una improvisación.

Forma parte del propósito redentor de Dios.

Fuimos adoptados:

por medio de Jesucristo.

No entramos en la familia por méritos.

Entramos por Cristo.

La adopción es gracia.

6. Cristo es el Hijo por naturaleza; nosotros somos hijos por adopción

Debemos hacer esta distinción.

Jesucristo es el Hijo eterno.

Único.

Divino.

Nosotros no nos convertimos en dioses.

Somos criaturas redimidas y adoptadas en la familia de Dios.

Nuestra filiación es un regalo de gracia.

Cristo es el fundamento de nuestra adopción.

Estamos unidos a Él.

Y por medio de Él somos recibidos.

7. El Espíritu Santo confirma nuestra identidad

Pablo escribió:

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Romanos 8:16.

El Espíritu Santo no solamente nos da dones.

No solamente nos capacita para servir.

También obra profundamente en nuestra relación con el Padre.

Produce en nosotros el clamor:

“¡Abba, Padre!”

Romanos 8:15.

La vida en el Espíritu es también vida de hijos.

8. De esclavos del temor a hijos

Pablo establece un contraste:

“No habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor”.

Romanos 8:15.

Hay creyentes que aman a Dios, pero viven relacionándose con Él como si fueran esclavos aterrorizados.

Piensan:

“Tal vez Dios me rechazará hoy”.

“Tal vez no hice suficiente”.

“Tal vez debo ganarme nuevamente su amor”.

La obediencia cristiana incluye reverencia y temor santo.

Pero no es el terror de un esclavo esperando ser destruido.

Es la obediencia de un hijo que ama a su Padre.

9. El hijo pródigo quería regresar como jornalero

Cuando el hijo menor volvió a casa, preparó un discurso.

Había pecado.

Había desperdiciado.

Había caído.

Entonces pensó:

“Hazme como a uno de tus jornaleros”.

Lucas 15:19.

Pero el padre ordenó:

Traigan el mejor vestido.

Pongan un anillo en su mano.

Calzado en sus pies.

Preparemos una celebración.

Lucas 15:22-23.

El hijo quería negociar como trabajador.

El padre lo recibió como hijo.

Esta parábola nos muestra el corazón misericordioso de Dios hacia el pecador arrepentido.

10. Algunos creyentes viven en la casa con mentalidad de jornaleros

Oran.

Sirven.

Trabajan.

Dan.

Ayudan.

Pero interiormente piensan:

“Si hago suficiente, tal vez Dios me amará más”.

Eso es agotador.

Servimos a Dios.

Sí.

Trabajamos para su Reino.

Sí.

Nos sacrificamos.

Sí.

Pero no para comprar su adopción.

Servimos porque somos hijos.

La identidad viene antes que el servicio.

11. Jesús sirvió desde su identidad

Antes de comenzar su ministerio público, Jesús fue bautizado.

Entonces se oyó una voz del cielo:

“Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”.

Mateo 3:17.

Después vino la tentación.

El enemigo comenzó:

“Si eres Hijo de Dios...”

Mateo 4:3.

Observe el ataque.

La identidad había sido afirmada.

Después fue cuestionada.

El enemigo continúa atacando la identidad.

Por eso el creyente necesita conocer quién es en Cristo.

12. Nuestra identidad no depende de la opinión cambiante de las personas

Hoy pueden aplaudir.

Mañana criticar.

Hoy pueden reconocer.

Mañana olvidar.

Si nuestra identidad depende completamente de la aprobación humana, viviremos esclavizados.

El hijo de Dios debe aprender a servir fielmente aun cuando nadie lo vea.

Pablo escribió:

“Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo”.

Gálatas 1:10.

Nuestra identidad está en Cristo.

13. Tampoco somos nuestros fracasos

Pedro negó a Jesús.

Pero Jesús no permitió que el fracaso fuera el último capítulo de su historia.

Lo restauró.

Juan 21.

Tal vez usted falló.

Debe arrepentirse.

Debe asumir responsabilidad.

Tal vez necesite reparar daños.

Pero si está en Cristo, su fracaso no tiene autoridad para cambiar lo que Dios ha declarado acerca de su identidad.

El arrepentido puede ser restaurado.

14. Tampoco somos nuestros logros

Existe otro peligro.

Construir identidad sobre el éxito.

“Soy importante porque tengo una posición”.

“Porque tengo seguidores”.

“Porque escribí libros”.

“Porque dirijo personas”.

“Porque viajo”.

“Porque me conocen”.

Todo eso puede desaparecer.

Nuestra identidad más profunda debe permanecer:

Soy de Cristo.

He sido recibido por gracia.

Soy hijo de Dios por medio de Jesucristo.

15. La adopción nos da acceso

Un extraño no entra a una casa de la misma manera que un hijo.

El hijo conoce la puerta.

Conoce la voz del padre.

Sabe que pertenece.

Hebreos dice:

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia”.

Hebreos 4:16.

No dice arrogantemente.

Dice confiadamente.

Nos acercamos porque tenemos un Sumo Sacerdote.

Jesucristo.

16. Podemos acercarnos cuando estamos débiles

A veces pensamos que debemos esperar a sentirnos fuertes para orar.

Pero un niño herido no espera sanar para correr hacia su padre.

Corre porque está herido.

Cuando somos tentados.

Cuando estamos confundidos.

Cuando fallamos.

Cuando tenemos miedo.

Cuando no sabemos qué hacer.

Corramos al Padre.

No huyamos de Él.

17. Adán se escondió; los hijos pueden acercarse

En Génesis, después del pecado, Adán se escondió.

El pecado produce escondite.

Pero el Evangelio abre el camino para acercarnos.

Esto no significa tratar el pecado ligeramente.

Significa que cuando pecamos, no necesitamos permanecer escondidos.

Juan escribió:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”.

1 Juan 1:9.

Los hijos caminan en la luz.

18. El Padre también disciplina a sus hijos

La adopción no significa ausencia de corrección.

Hebreos dice:

“Porque el Señor al que ama, disciplina”.

Hebreos 12:6.

La disciplina de Dios no es rechazo.

Es formación.

Un padre responsable no permite que su hijo camine hacia la destrucción sin intervenir.

Dios corrige.

Confronta.

Forma.

La disciplina puede ser dolorosa.

Pero tiene propósito.

19. La corrección no significa que Dios dejó de amarnos

Este punto es importante.

Cuando Dios nos confronta mediante su Palabra, mediante las consecuencias, mediante líderes maduros o mediante la convicción del Espíritu, nuestra reacción no debe ser:

“Dios ya no me ama”.

La corrección puede ser precisamente una expresión de su amor paternal.

La pregunta correcta es:

Señor, ¿qué quieres formar en mí?

20. Los hijos aprenden obediencia

Jesús dijo:

“Si me amáis, guardad mis mandamientos”.

Juan 14:15.

La obediencia no compra la adopción.

La obediencia fluye de una relación de amor.

El hijo quiere honrar al Padre.

Puede fallar.

Puede necesitar corrección.

Pero su dirección es obedecer.

Una fe que nunca produce deseo de obediencia debe ser examinada.

21. Somos hijos y también herederos

Pablo escribió:

“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo”.

Romanos 8:17.

La adopción incluye futuro.

Hay una herencia.

Pedro habla de:

“Una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible”.

1 Pedro 1:4.

Las herencias humanas pueden perderse.

Ser robadas.

Disminuir de valor.

Pero nuestra herencia eterna está guardada por Dios.

22. Nuestra herencia es mayor que las riquezas temporales

Dios puede proveer recursos.

Debemos administrarlos bien.

Pero nuestra esperanza no puede estar en bienes temporales.

Un hijo de Dios puede tener mucho o poco en esta vida.

Pablo conoció abundancia y necesidad.

Filipenses 4:12.

Pero tenía algo que ninguna crisis económica podía quitarle.

Cristo.

Una familia espiritual.

Una misión.

Una herencia eterna.

23. La prosperidad más grande es pertenecer a Dios

El Evangelio no debe reducirse a una promesa de dinero.

Imagine decirle a un huérfano:

“Puedes entrar en la familia, tener un padre, una casa y una herencia”.

Y que él responda:

“¿Pero cuánto dinero recibiré esta semana?”

Estaría perdiendo la grandeza del regalo.

La salvación nos da algo infinitamente mayor que comodidad material.

Nos da reconciliación con Dios.

Nos da al Padre.

24. La adopción transforma nuestra relación con otros creyentes

Si Dios es nuestro Padre, los demás creyentes son nuestros hermanos.

Esto tiene consecuencias.

No podemos hablar de familia espiritual y vivir destruyéndonos unos a otros.

Juan escribió:

“El que ama a Dios, ame también a su hermano”.

1 Juan 4:21.

La Iglesia no es una reunión de consumidores religiosos.

Es una familia redimida.

25. Una familia puede tener conflictos y seguir siendo familia

La Iglesia del Nuevo Testamento tuvo conflictos.

Hechos 6 presenta una queja relacionada con la distribución diaria.

Pablo y Bernabé tuvieron un desacuerdo fuerte.

Hechos 15.

Las iglesias recibieron cartas corrigiendo problemas.

La familia de Dios no es perfecta todavía.

Pero los conflictos deben ser tratados bíblicamente.

Con verdad.

Humildad.

Perdón.

Orden.

Amor.

26. No podemos formar una familia espiritual basada en el miedo

Algunos líderes controlan personas mediante amenazas.

“Si te vas, Dios te castigará”.

“Si preguntas, eres rebelde”.

“Si no obedeces todo lo que digo, estás contra Dios”.

Eso es peligroso.

La autoridad espiritual bíblica sirve.

Protege.

Enseña.

Corrige con responsabilidad.

Cristo es la cabeza de la Iglesia.

Ningún líder humano ocupa su lugar.

Los hijos de Dios pertenecen primero a Dios.

27. La paternidad espiritual debe apuntar al Padre celestial

Pablo utilizó lenguaje paternal con algunos creyentes.

Pero nunca intentó reemplazar a Dios.

El liderazgo espiritual sano ayuda a las personas a madurar en Cristo.

No crea dependencia enfermiza.

No busca controlar cada decisión.

No construye una personalidad alrededor del líder.

Juan el Bautista dijo:

“Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”.

Juan 3:30.

Ese debe ser el espíritu.

28. La familia de Dios cruza fronteras

Jesús está formando un pueblo de toda nación.

Apocalipsis presenta personas:

“De todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”.

Apocalipsis 7:9.

La familia de Dios es internacional.

Multicultural.

Multilingüe.

Esto significa que cuando el Evangelio llega a otra nación, no estamos llevando a las personas a convertirse en copias culturales nuestras.

Las estamos llevando a Cristo.

29. Unidad no significa uniformidad

En una familia hay diferentes personalidades.

En el cuerpo de Cristo hay diferentes dones.

Diferentes funciones.

Diferentes contextos.

Pablo escribió:

“Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo”.

1 Corintios 12:4.

La unidad bíblica no destruye la diversidad.

La ordena alrededor de Cristo.

30. No somos competidores; somos familia

Una mentalidad de competencia puede destruir el ministerio.

“Mi iglesia contra tu iglesia”.

“Mi organización contra la tuya”.

“Mi instituto contra el tuyo”.

“Mi ministerio tiene que ser más grande”.

Si verdaderamente pertenecemos a Cristo, debemos aprender a reconocer la obra de Dios más allá de nuestra propia organización.

Esto no significa aceptar error doctrinal.

Significa entender que el Reino de Dios es más grande que nuestra plataforma.

31. El hijo mayor también necesitaba conocer el corazón del padre

Regresemos a Lucas 15.

El hijo menor se perdió lejos.

El hijo mayor se perdió cerca.

Cuando escuchó la celebración, se enojó.

Dijo al padre:

“He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás”.

Lucas 15:29.

Su lenguaje era de trabajador.

No de hijo.

Estaba en la casa.

Pero no comprendía el corazón del padre.

Es posible servir a Dios durante años y desarrollar amargura.

Por eso necesitamos recordar la gracia.

32. La comparación destruye el gozo de los hijos

El hijo mayor miró al hermano.

No pudo celebrar su restauración.

¿Por qué?

Porque estaba comparando.

La comparación produce orgullo cuando pensamos que estamos arriba.

Y envidia cuando pensamos que estamos abajo.

Pero los hijos maduros aprenden a celebrar lo que el Padre hace en otros.

Si Dios usa a otro, damos gracias.

Si otro crece, celebramos.

Si otro alcanza una nación, oramos por él.

Somos familia.

33. La identidad sana libera para servir

Cuando no sabemos quiénes somos, buscamos utilizar el ministerio para demostrar nuestro valor.

Necesitamos una plataforma.

Un título.

Reconocimiento.

Pero cuando nuestra identidad está segura en Cristo, podemos servir incluso en lugares ocultos.

Jesús dijo:

“Tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público”.

Mateo 6:6.

El Padre ve.

Eso es suficiente.

34. El Padre conoce nuestras necesidades

Jesús dijo:

“Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis”.

Mateo 6:8.

Esto no significa que no debemos pedir.

Jesús mismo enseñó a pedir.

Significa que oramos a un Padre que conoce.

No a una fuerza impersonal.

No a un Dios indiferente.

Nuestro Padre sabe.

35. El Padre alimenta y viste

Jesús habló de las aves.

Y de los lirios.

Después dijo:

“¿No hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe?”

Mateo 6:30.

El hijo de Dios puede trabajar responsablemente.

Planificar.

Ahorrar.

Administrar.

Pero no necesita vivir dominado por ansiedad.

Nuestro Padre conoce nuestras necesidades.

36. Confiar en el Padre no significa irresponsabilidad

La fe no es pereza.

Pablo trabajó.

Planificó viajes.

Recogió ofrendas.

Envió colaboradores.

Tomó decisiones estratégicas.

Confiar en Dios no significa vivir desordenadamente y después exigir un milagro para corregir nuestra irresponsabilidad.

Los hijos maduros aprenden administración.

Pero su seguridad final permanece en Dios.

37. El Padre escucha nuestras oraciones

Jesús dijo:

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?”

Mateo 7:11.

La oración descansa en el carácter del Padre.

No siempre recibiremos exactamente lo que imaginamos.

Un buen padre no entrega a su hijo todo lo que pide.

Pero escucha.

Sabe.

Ama.

Y responde con sabiduría.

38. A veces el Padre dice no

Pablo pidió tres veces que fuera quitado su aguijón.

La respuesta no fue la que esperaba.

Dios le dijo:

“Bástate mi gracia”.

2 Corintios 12:9.

Una respuesta negativa no significa ausencia de amor.

Los hijos maduros aprenden a confiar también cuando no comprenden.

Jesús mismo oró en Getsemaní:

“No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Lucas 22:42.

39. La adopción nos da seguridad en medio del sufrimiento

Romanos 8 habla de adopción.

Pero también habla de sufrimiento.

Pablo no presenta una vida de hijos sin dificultades.

Dice:

“Si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”.

Romanos 8:17.

Somos hijos en la alegría.

Y seguimos siendo hijos en el sufrimiento.

El dolor no cancela nuestra identidad.

40. Nada puede separarnos del amor de Dios en Cristo

Al final de Romanos 8, Pablo pregunta:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?”

Romanos 8:35.

Después menciona tribulación.

Angustia.

Persecución.

Hambre.

Desnudez.

Peligro.

Espada.

Y concluye que nada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús.

Romanos 8:39.

Esa es seguridad para los hijos.

41. La identidad de hijo es importante en la guerra espiritual

El enemigo atacó la identidad de Jesús:

“Si eres Hijo de Dios...”

Mateo 4:3.

También intenta sembrar duda en el creyente.

“Dios te abandonó”.

“No eres amado”.

“No tienes esperanza”.

“Tu pasado todavía te posee”.

La respuesta no es gritar más fuerte.

Es permanecer en la verdad.

Conocer la Palabra.

Recordar el Evangelio.

Vivir bajo el señorío de Cristo.

42. El hijo pródigo regresó sucio, pero no tuvo que limpiarse antes de volver

El hijo regresó desde una condición vergonzosa.

El padre corrió.

Lo abrazó.

Después vinieron el vestido, el anillo y el calzado.

Lucas 15.

A veces las personas dicen:

“Primero arreglaré mi vida y después buscaré a Dios”.

No.

Vuelva.

Arrepiéntase.

Venga a Cristo.

La transformación comienza desde la gracia.

43. Pero el hijo no regresó para seguir viviendo con los cerdos

La gracia recibe.

Y la gracia transforma.

El hijo volvió a casa.

No dijo:

“Gracias por el anillo. Ahora regresaré a la provincia apartada”.

La adopción produce una nueva casa.

Una nueva relación.

Una nueva dirección.

No utilizamos el amor del Padre como permiso para volver deliberadamente a la esclavitud.

44. Los hijos llevan el carácter de la familia

Jesús dijo:

“Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”.

Mateo 5:48.

Y en el contexto habla de amar incluso a los enemigos.

Los hijos deben reflejar al Padre.

Compasión.

Verdad.

Santidad.

Misericordia.

Justicia.

Amor.

No podemos decir:

“Dios es mi Padre”

y vivir permanentemente de una manera que niega su carácter.

45. La adopción produce semejanza progresiva

Un hijo puede parecerse a su padre.

En la vida espiritual, Dios está formando en nosotros el carácter de Cristo.

Pablo escribió:

“A los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”.

Romanos 8:29.

La meta no es solamente llegar al cielo.

Es ser transformados a la imagen de Cristo.

46. La familia de Dios debe cuidar a los vulnerables

Santiago escribió:

“La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones”.

Santiago 1:27.

Quien conoce al Padre debe desarrollar el corazón del Padre.

La Iglesia no puede ser indiferente al vulnerable.

Al niño.

Al anciano.

Al preso.

Al inmigrante.

Al enfermo.

Al pobre.

Al adicto que busca libertad.

A la familia destruida.

La familia de Dios sirve.

47. Una casa espiritual debe ser un lugar de formación

La familia no solamente recibe bebés.

Los ayuda a crecer.

De la misma manera, la Iglesia debe formar.

Un nuevo creyente necesita doctrina.

Carácter.

Oración.

Comunión.

Servicio.

Misión.

Necesita aprender a caminar como hijo.

Por eso el discipulado no es opcional.

48. Los hijos maduros ayudan a los más jóvenes

Pablo escribió a Tito acerca de hombres y mujeres maduros enseñando a otros.

Tito 2.

La formación no depende solamente de una plataforma.

También ocurre en conversaciones.

En hogares.

En grupos pequeños.

En relaciones de mentoría.

En centros de formación.

En la vida cotidiana.

Una generación debe ayudar a la siguiente.

49. La adopción nos da una responsabilidad misionera

Hay millones de personas viviendo sin conocer al Padre.

Jesús vino a revelarlo.

El Evangelio debe ser anunciado.

No llevamos solamente un sistema doctrinal.

Anunciamos reconciliación con Dios por medio de Jesucristo.

Decimos al perdido:

Hay una casa.

Hay perdón.

Hay reconciliación.

Hay un Padre que recibe al arrepentido por medio de Cristo.

50. El Padre busca adoradores

Jesús dijo a la mujer samaritana:

“El Padre tales adoradores busca que le adoren”.

Juan 4:23.

La misión tiene una meta profunda.

Que personas que adoraban ídolos.

Dinero.

Poder.

Placer.

Religión vacía.

Se vuelvan al Dios vivo.

Y adoren al Padre en espíritu y en verdad.

Por eso evangelizamos.

51. La familia de Dios será una multitud internacional

Juan vio:

“Una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas”.

Apocalipsis 7:9.

Piense en esa escena.

Diferentes idiomas.

Diferentes historias.

Diferentes generaciones.

Una familia redimida.

Delante del trono.

Adorando al Cordero.

Esta visión debe dirigir nuestra misión presente.

52. Cada nuevo creyente puede convertirse en un multiplicador

Un hijo crece.

Después ayuda a otros.

Un discípulo forma discípulos.

Un estudiante puede convertirse en maestro.

Un creyente nuevo puede convertirse en evangelista.

Un centro puede ayudar a levantar otros centros.

Una nación puede enviar a otra nación.

La familia de Dios se multiplica mediante el Evangelio.

No para engrandecer una organización.

Sino para que Cristo sea conocido.

53. La adopción cambia la pregunta

Antes preguntábamos:

¿Cómo puedo demostrar que valgo?

Ahora preguntamos:

¿Cómo puedo honrar al Padre que me recibió?

Antes:

¿Cómo puedo ser visto?

Ahora:

¿Cómo puedo glorificar a Cristo?

Antes:

¿Qué pueden hacer por mí?

Ahora:

¿A quién puedo servir?

La identidad sana produce una misión sana.

54. No viva como huérfano dentro de la casa del Padre

Puede ocurrir.

Una persona puede haber recibido el Evangelio.

Pero continuar pensando como huérfano.

Compitiendo.

Temiendo.

Comparándose.

Buscando aprobación desesperadamente.

Acumulando posiciones para sentirse importante.

Necesitamos renovar nuestra mente.

Recordar:

Tengo Padre.

Pertenezco a Cristo.

Soy parte de una familia.

Tengo una herencia.

Tengo una misión.

No necesito destruir a otro para avanzar.

No necesito apagar la luz de otro para que la mía se vea.

Somos hijos.

55. Vivamos como hijos y avancemos como familia

La misión es demasiado grande para vivir compitiendo entre nosotros.

Hay ciudades que alcanzar.

Naciones que evangelizar.

Nuevos creyentes que formar.

Familias que restaurar.

Personas oprimidas que necesitan conocer la libertad en Cristo.

Líderes que necesitan preparación.

Materiales que necesitan ser traducidos.

Obreros que necesitan ser enviados.

No tenemos tiempo para guerras de ego.

Somos familia.

Tenemos un Padre.

Un Señor.

Un Espíritu.

Un Evangelio.

Una misión.

Por eso avanzamos juntos.

¡Vamos con todo, con Cristo!

REFLEXIÓN FINAL

La salvación es más grande de lo que muchas veces imaginamos.

Dios no solamente perdona.

Adopta.

No solamente cancela nuestra deuda.

Nos da un nombre.

No solamente nos saca de la condenación.

Nos recibe en su familia.

Por medio de Jesucristo podemos decir:

Abba, Padre.

Esto cambia nuestra vida.

Ya no necesitamos vivir como esclavos del miedo.

No necesitamos construir nuestra identidad sobre aplausos.

Ni sobre títulos.

Ni sobre fracasos.

Ni sobre éxitos.

Nuestra identidad está en Cristo.

Somos hijos por gracia.

Tenemos acceso al Padre.

Recibimos disciplina porque somos amados.

Tenemos una familia espiritual.

Tenemos una herencia eterna.

Y tenemos una misión.

La Iglesia no es una competencia de plataformas.

Es una familia redimida.

Una familia que debe amar.

Formar.

Servir.

Proteger.

Evangelizar.

Enviar.

Y multiplicarse.

El Padre sigue buscando adoradores.

El Evangelio sigue avanzando.

Y la familia de Dios sigue creciendo entre pueblos, lenguas y naciones.

Oremos:

Padre celestial, gracias porque por medio de Jesucristo me has recibido.
Gracias porque ya no tengo que vivir bajo esclavitud y temor.
Gracias porque puedo acercarme a ti.
Sana en mí toda imagen equivocada que me impida comprender tu carácter.
Ayúdame a vivir como hijo y no como huérfano espiritual.
Líbrame de la comparación, de la competencia, del orgullo y de la necesidad enfermiza de aprobación.
Enséñame a descansar en mi identidad en Cristo.
Ayúdame a amar a mis hermanos.
A celebrar lo que haces en otros.
A servir sin buscar mi propia gloria.
A recibir tu corrección con humildad.
A confiar en ti en tiempos de abundancia y también en tiempos difíciles.
Haz de tu Iglesia una verdadera familia espiritual.
Una familia que reciba al perdido, forme al nuevo creyente, cuide al vulnerable y envíe obreros a las naciones.
Que cada libro, cada clase, cada centro de formación, cada iglesia, cada capellán, cada líder y cada creyente sirvan para llevar personas a Jesucristo.
Y que un día podamos estar juntos delante de tu trono, con personas de toda lengua, pueblo y nación, adorando al Cordero.
En el nombre de Jesús. Amén.

Hemos sido perdonados.

Justificados.

Regenerados.

Adoptados.

Pero ahora debemos comprender algo fundamental.

La salvación no solamente cambia nuestra posición delante de Dios.

También comienza a transformar nuestra manera de vivir.

Dios nos llama a crecer.

A dejar atrás hábitos antiguos.

A renovar nuestra mente.

A producir fruto.

A parecernos cada día más a Jesucristo.

Ese proceso se llama:

Santificación.

Y será nuestro siguiente paso.

CAPÍTULO 9

TRANSFORMADOS DÍA TRAS DÍA

La santificación, la lucha contra el pecado y el crecimiento a la imagen de Cristo

La salvación no termina el día que una persona cree en Cristo.

Ese día comienza una vida nueva.

Un bebé nace.

Pero después debe crecer.

Respirar.

Alimentarse.

Aprender a caminar.

Aprender a hablar.

Madurar.

Así ocurre con el creyente.

Dios nos salva por gracia.

Nos justifica.

Nos da vida nueva.

Nos adopta como hijos.

Pero también comienza una obra de transformación diaria.

Pablo escribió:

“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Filipenses 1:6.

Dios comienza.

Dios continúa.

Dios perfeccionará.

A ese proceso lo llamamos **santificación**.

1. La santificación es la voluntad de Dios

Pablo escribió:

“Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación”.

1 Tesalonicenses 4:3.

No es una opción para creyentes especiales.

No es solamente para pastores.

No es solamente para líderes.

Todo hijo de Dios es llamado a crecer en santidad.

La gracia que salva también transforma.

2. La santificación no compra la salvación

Debemos mantener el orden correcto.

No obedecemos para ser salvos.

Obedecemos porque hemos sido salvados.

Las buenas obras no son la raíz.

Son el fruto.

El creyente no vive en santidad para comprar el amor del Padre.

Vive en santidad porque ya fue amado, perdonado y recibido en Cristo.

3. La lucha contra el pecado continúa

El creyente todavía enfrenta tentaciones.

La carne quiere gobernar.

El mundo presiona.

El enemigo engaña.

Pero ahora hay una nueva vida dentro de nosotros.

Pablo escribió:

“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne”.

Gálatas 5:16.

La vida cristiana es un caminar diario en dependencia del Espíritu Santo.

4. Caer no debe convertirse en vivir caído

Un creyente puede fallar.

Pero no debe hacer paz con el pecado.

Si cae, confiesa.

Se arrepiente.

Busca ayuda.

Se levanta.

Juan escribió:

“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados”.

1 Juan 1:9.

La santificación no significa nunca necesitar arrepentimiento.

Significa vivir volviendo a Dios con un corazón rendido.

5. La Palabra nos transforma

Jesús oró:

“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad”.

Juan 17:17.

La Biblia no es solamente información.

Es instrumento de transformación.

Nos confronta.

Nos limpia.

Nos corrige.

Nos enseña.

Nos entrena para vivir conforme a Dios.

Un creyente que descuida la Palabra se debilita.

6. La oración nos mantiene dependientes

La santificación no ocurre solamente por fuerza de voluntad.

Necesitamos comunión con Dios.

Oración.

Confesión.

Adoración.

Intercesión.

Rendición.

Cuando oramos, Dios también ordena nuestro corazón.

No solamente cambia circunstancias.

Nos cambia a nosotros.

7. El Espíritu produce fruto

Pablo escribió:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza”.

Gálatas 5:22-23.

El fruto habla de carácter.

No basta tener dones.

Necesitamos fruto.

No basta hablar de poder.

Necesitamos amor.

No basta predicar fuerte.

Necesitamos mansedumbre.

No basta servir mucho.

Necesitamos dominio propio.

8. La comunidad ayuda a crecer

Dios no diseñó la vida cristiana para vivirse en aislamiento.

Necesitamos hermanos.

Consejo.

Corrección.

Ánimo.

Rendición de cuentas.

Comunión.

La Iglesia es una familia donde aprendemos a amar personas reales.

Y las personas reales no siempre son fáciles.

Ahí crecemos.

9. Las pruebas también forman

Santiago escribió:

“La prueba de vuestra fe produce paciencia”.

Santiago 1:3.

Dios puede usar procesos difíciles para formar carácter.

No todo dolor viene directamente por una disciplina específica.

Pero todo dolor puede ser llevado a Dios.

Él puede usar incluso lo difícil para madurarnos.

10. La meta es parecernos a Cristo

La santificación no consiste en volvernos religiosamente extraños.

Consiste en parecernos más a Jesús.

Pablo escribió que Dios nos predestinó:

“Para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo”.

Romanos 8:29.

Esa es la meta.

Cristo formado en nosotros.

En la casa.

En el trabajo.

En el ministerio.

En las relaciones.

En la vida secreta.

En todo.

REFLEXIÓN FINAL

Dios no nos salvó para dejarnos iguales.

La salvación nos da una nueva posición delante de Dios.

Y también inicia una transformación diaria.

La santificación es obra de Dios en nosotros.

Pero también requiere nuestra respuesta.

Caminar en el Espíritu.

Permanecer en la Palabra.

Orar.

Confesar.

Obedecer.

Buscar ayuda.

Servir.

Perseverar.

No hemos llegado.

Pero seguimos creciendo.

Y la meta es clara:

Parecernos cada día más a Jesucristo.

Oremos:

Padre celestial, gracias porque comenzaste una buena obra en mí.
No quiero permanecer igual.
Santifícame por tu verdad.
Espíritu Santo, produce fruto en mi vida.
Ayúdame a luchar contra el pecado, a confesar cuando fallo y a crecer en obediencia.
Forma a Cristo en mí, día tras día.
En el nombre de Jesús. Amén.

CAPÍTULO 10

GUARDADOS HASTA EL FINAL

Perseverancia, seguridad de salvación y esperanza de glorificación

Dios no comienza una obra para abandonarla a mitad de camino.

Pablo escribió:

“El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo”.

Filipenses 1:6.

Esta verdad sostiene al creyente.

No somos guardados por nuestra fuerza.

Somos guardados por la fidelidad de Dios.

Cristo salva.

Cristo sostiene.

Cristo intercede.

Cristo terminará su obra.

1. La seguridad descansa en Cristo

Nuestra seguridad no descansa en emociones cambiantes.

Hay días de gozo.

Días de lucha.

Días de cansancio.

Pero Cristo no cambia.

Jesús dijo:

“Y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás”.

Juan 10:28.

La oveja está segura porque el Pastor es fiel.

2. Perseverar no significa nunca luchar

El creyente verdadero puede atravesar pruebas, dudas, tentaciones y lágrimas.

Pero no abandona finalmente a Cristo.

Dios lo sostiene.

Pedro cayó, pero fue restaurado.

Pablo sufrió, pero siguió corriendo.

La perseverancia es gracia de Dios obrando en una vida que sigue mirando a Cristo.

3. Dios guarda a los suyos

Pedro escribió que somos:

“Guardados por el poder de Dios mediante la fe”.

1 Pedro 1:5.

Qué equilibrio.

Dios guarda.

Y nosotros creemos.

La fe persevera porque Dios sostiene.

No caminamos solos.

4. La falsa seguridad es peligrosa

La seguridad bíblica no es decir:

“Una vez hice una oración, así que puedo vivir como quiera”.

Eso es engaño.

La fe verdadera produce fruto.

No perfección instantánea.

Pero sí una nueva dirección.

Quien dice pertenecer a Cristo y vive en rebelión permanente debe examinarse seriamente.

5. La verdadera seguridad produce gratitud y obediencia

Cuando entendemos que Cristo nos guarda, no vivimos descuidados.

Vivimos agradecidos.

La gracia no nos lleva a jugar con el pecado.

Nos lleva a amar más a Jesús.

A obedecer.

A perseverar.

A servir.

A seguir avanzando.

6. Cristo intercede por nosotros

Hebreos dice que Jesús vive:

“Para interceder por ellos”.

Hebreos 7:25.

Nuestra salvación está sostenida por el Salvador vivo.

Cuando somos débiles, Él permanece fiel.

Cuando somos acusados, Él es nuestro Abogado.

Cuando estamos cansados, Él sigue intercediendo.

7. Nada nos separará del amor de Dios

Pablo escribió:

“Ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”.

Romanos 8:39.

La seguridad del creyente no está en su propia fuerza.

Está en el amor de Dios en Cristo.

8. La perseverancia mira hacia la gloria

La salvación tiene pasado, presente y futuro.

Fuimos salvados de la culpa del pecado.

Estamos siendo transformados.

Y un día seremos glorificados.

Pablo escribió:

“A los que justificó, a éstos también glorificó”.

Romanos 8:30.

Dios terminará lo que comenzó.

9. La glorificación será nuestra transformación final

Un día ya no habrá pecado.

No habrá lucha interna.

No habrá tentación.

No habrá muerte.

No habrá lágrimas.

Seremos transformados.

Juan escribió:

“Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es”.

1 Juan 3:2.

Esa es nuestra esperanza.

10. Vivamos firmes hasta el final

Pablo dijo:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”.

2 Timoteo 4:7.

Esa debe ser nuestra meta.

No solamente comenzar.

Terminar.

No solamente emocionarnos.

Perseverar.

No solamente recibir salvación.

Vivir para la gloria de Cristo hasta el final.

REFLEXIÓN FINAL

Dios salva.

Dios sostiene.

Dios perfeccionará su obra.

El creyente no vive en miedo constante, como si Cristo pudiera abandonarlo mañana.

Tampoco vive en descuido, usando la gracia como excusa.

Vive confiado.

Agradecido.

Obediente.

Perseverante.

Mirando a Cristo.

La salvación que comenzó por gracia terminará en gloria.

Un día veremos al Señor.

Y entonces toda lucha terminará.

Hasta ese día, seguimos firmes.

Guardados por Dios.
Sostenidos por Cristo.
Fortalecidos por el Espíritu.
Y avanzando en la misión.

¡Vamos con todo, con Cristo!

CONCLUSIÓN

UNA SALVACIÓN TAN GRANDE

Hemos recorrido el camino de la salvación.

Comenzamos con el pecado.

Vimos que nuestras obras no son suficientes.

Contemplamos la gracia que rescata.

Miramos la cruz donde Cristo tomó nuestro lugar.

Hablamos del arrepentimiento y la fe.

Estudiamos la justificación.

El nuevo nacimiento.

La adopción.

La santificación.

La perseverancia.

Y la esperanza de glorificación.

Ahora podemos decirlo con claridad:

La salvación es del Señor.

No nos salvamos a nosotros mismos.

No compramos el perdón.

No producimos vida espiritual por esfuerzo humano.

No nos adoptamos a nosotros mismos.

No nos sostenemos por nuestra propia fuerza.

Todo es gracia.

Desde el principio hasta el final.

Pero esa gracia no nos deja iguales.

Nos perdona.

Nos levanta.

Nos transforma.

Nos adopta.

Nos envía.

Y nos guarda hasta el día de Jesucristo.

Por eso anunciamos este Evangelio con urgencia.

Porque el mundo necesita saber que hay salvación en Jesucristo.

Cristo salva.
Cristo perdona.
Cristo transforma.
Cristo guarda.
Cristo viene.

A Él sea la gloria por los siglos.

Amén.

RECOMENDACIÓN PARA CONTINUAR LA FORMACIÓN

La salvación es el comienzo de una vida de crecimiento

Llegar a Cristo es el acontecimiento más importante de la vida.

Pero la conversión no es la graduación del creyente.

Es su nacimiento.

Cuando un niño nace, nadie espera que permanezca para siempre en la misma condición.

Necesita alimento.

Cuidado.

Protección.

Enseñanza.

Disciplina.

Madurez.

De la misma manera, quien ha recibido a Jesucristo necesita continuar creciendo.

Pedro escribió:

“Creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”.

2 Pedro 3:18.

Por esta razón, al terminar este libro, nuestra recomendación es sencilla:

No se detenga.

Continúe estudiando.

Continúe orando.

Continúe congregándose.

Continúe creciendo.

Continúe sirviendo.

Continúe preparándose.

La salvación es el comienzo de una nueva vida con Cristo.

Ahora es necesario aprender a vivir esa vida.

Continúe con los demás cursos y programas de formación

El Cristo Libera Global Theological Institute ha desarrollado diferentes programas, cursos, diplomados, libros y materiales de formación bíblica destinados a ayudar al creyente a crecer progresivamente.

Estos recursos permiten profundizar en áreas como:

- fundamentos de la vida cristiana;
- conocimiento y estudio de la Palabra de Dios;
- identidad en Cristo;
- oración y vida devocional;
- crecimiento y madurez espiritual;
- obra y dirección del Espíritu Santo;
- carácter cristiano;
- evangelismo y Gran Comisión;
- liderazgo y servicio;
- discernimiento espiritual;
- guerra espiritual bíblica;
- liberación bíblica responsable;
- ética y responsabilidad ministerial;
- autoridad, cobertura y gobierno espiritual;
- formación de discípulos y multiplicación de nuevos obreros.

No todos los creyentes se encuentran en la misma etapa.

Algunos acaban de comenzar.

Otros necesitan fortalecer sus fundamentos.

Otros están siendo preparados para servir.

Otros ya dirigen personas y necesitan una formación más profunda.

Por eso la formación debe ser progresiva.

Cada etapa de la vida cristiana necesita crecimiento.

No estudie solamente para acumular conocimiento

El propósito de la formación cristiana no es llenar la mente de información.

Pablo escribió:

“El conocimiento envanece, pero el amor edifica”.

1 Corintios 8:1.

Estudiamos para conocer mejor a Dios.

Para obedecer su Palabra.

Para servir mejor.

Para evitar el error.

Para enseñar a otros.

Para defender la verdad.

Para cumplir la misión.

Un certificado puede tener valor.

Un diploma puede reconocer una formación.

Un libro puede transmitir conocimiento.

Pero la verdadera meta es mucho más profunda:

Cristo formado en nosotros.

De estudiante a discípulo, y de discípulo a formador de otros

El propósito del crecimiento cristiano no es recibir indefinidamente sin compartir.

Pablo escribió a Timoteo:

“Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

2 Timoteo 2:2.

Observe la multiplicación.

Pablo.

Timoteo.

Hombres fieles.

Otros.

El Evangelio avanza cuando los discípulos forman discípulos.

Por eso, mientras continúa estudiando, comience también a preguntarse:

¿A quién puedo ayudar?

¿Quién necesita escuchar el Evangelio?

¿Quién necesita acompañamiento?

¿Quién necesita aprender lo que Dios me está enseñando?

¿Dónde puedo servir?

¿Dónde puedo comenzar un grupo de estudio?

¿A qué familia puedo llevar esperanza?

¿A qué comunidad podemos llegar?

La formación verdadera debe convertirse en misión.

Una recomendación final

No intente aprenderlo todo en un día.

Pero tampoco permanezca inmóvil.

Avance paso a paso.

Libro por libro.

Curso por curso.

Verdad por verdad.

Y, sobre todo:

viva lo que aprende.

Ore antes de estudiar.

Abra la Biblia.

Examine cada enseñanza a la luz de la Palabra de Dios.

Tome notas.

Haga preguntas.

Converse con creyentes maduros.

Sirva en su iglesia local.

Comparta el Evangelio.

Ayude a formar a otros.

Y mantenga siempre a Jesucristo en el centro.

Porque el objetivo no es simplemente saber más.

El objetivo es conocer más a Cristo, parecernos más a Cristo y llevar a más personas a Cristo.

La salvación fue el comienzo.

Ahora continúe creciendo.

Continúe formándose.

Continúe sirviendo.

Continúe avanzando.

Hay mucho por aprender.

Hay mucho por hacer.

Y todavía hay muchas personas que necesitan conocer a Jesucristo.

¡Vamos con todo, con Cristo!

EPÍLOGO

SALVADOS PARA VIVIR, CRECER Y CUMPLIR LA MISIÓN

La salvación es el milagro más grande que una persona puede experimentar.

Un pecador es perdonado.

Un culpable es justificado.

Un muerto espiritual recibe vida.

Un enemigo es reconciliado.

Un extraño es adoptado.

Un esclavo es liberado.

Un creyente comienza a ser transformado.

Y una persona sin esperanza recibe la promesa de la vida eterna.

Todo por Jesucristo.

Desde la primera página de este libro hemos recorrido una verdad fundamental:

La salvación pertenece al Señor.

No comenzó con nosotros.

Comenzó en el corazón de Dios.

No fue comprada con nuestras obras.

Fue pagada por Cristo.

No es sostenida por nuestra fuerza.

Dependemos de la gracia de Dios y de la obra del Espíritu Santo.

Y no termina simplemente en nosotros.

La persona salvada es llamada a convertirse en discípulo.

El discípulo es formado.

El discípulo maduro sirve.

El que sirve ayuda a otros.

Y así el Evangelio continúa avanzando.

NO FUIMOS SALVADOS PARA QUEDARNOS SENTADOS

Cuando Jesús llamó a sus primeros discípulos, les dijo:

“Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres”.

Marcos 1:17.

Primero:

Venid en pos de mí.

Después:

Os haré.

Y finalmente:

Pescadores de hombres.

Esa secuencia es importante.

Cristo llama.

Cristo transforma.

Cristo envía.

El problema aparece cuando queremos ser enviados sin ser formados.

O cuando queremos ser formados, pero nunca enviados.

Necesitamos las dos cosas.

Formación y misión.

Profundidad y movimiento.

Conocimiento y obediencia.

Doctrina y práctica.

USTED FORMA PARTE DE UNA HISTORIA MUCHO MÁS GRANDE

Tal vez usted piensa que su vida es pequeña.

Que no tiene una gran plataforma.

Que nadie conoce su nombre.

Que sus recursos son limitados.

Pero el Reino de Dios ha avanzado muchas veces mediante personas que comenzaron con muy poco.

Una conversación.

Una casa abierta.

Una oración.

Un testimonio.

Una carta.

Un viaje.

Una iglesia reunida en un hogar.

Un discípulo enseñando a otro.

Una persona llevando el mensaje a una nueva ciudad.

No desprecie los pequeños comienzos.

Dios puede usar una vida rendida.

UNA PERSONA PUEDE ABRIR EL CAMINO PARA MUCHAS

Andrés encontró a su hermano Simón y le dijo:

“Hemos hallado al Mesías”.

Juan 1:41.

Después lo llevó a Jesús.

Andrés no sabía todo lo que Dios haría con Pedro.

Solo hizo algo sencillo:

Lo llevó a Cristo.

Felipe encontró a Natanael.

La mujer samaritana fue a su ciudad.

El hombre liberado de Marcos 5 regresó a su región para contar lo que el Señor había hecho.

Una persona alcanzada puede convertirse en puente para alcanzar a muchas otras.

Nunca subestime una conversación guiada por Dios.

SU CASA TAMBIÉN PUEDE CONVERTIRSE EN UN LUGAR DE MISIÓN

En el Nuevo Testamento encontramos hogares abiertos para el Evangelio.

Lidia abrió su casa.

Hechos 16.

Priscila y Aquila sirvieron y enseñaron.

La casa de Filemón fue un lugar donde se reunían creyentes.

No toda obra comienza con un edificio.

A veces comienza alrededor de una mesa.

Con una Biblia abierta.

Con oración.

Con una familia.

Con tres o cuatro personas deseando aprender.

La pregunta no es solamente:

¿Qué gran cosa puedo hacer algún día?

También debemos preguntar:

¿Qué puedo comenzar a hacer hoy con lo que Dios ya puso en mis manos?

EL EVANGELIO DEBE LLEGAR A LA PRÓXIMA GENERACIÓN

El salmista escribió:

“Contando a la generación venidera las alabanzas de Jehová, y su potencia, y las maravillas que hizo”.

Salmo 78:4.

Cada generación tiene una responsabilidad.

Recibir la verdad.

Vivir la verdad.

Proteger la verdad.

Y transmitir la verdad.

Si una generación recibe el Evangelio, pero no forma a la siguiente, habrá fallado en una parte fundamental de su misión.

Por eso necesitamos formar niños.

Jóvenes.

Nuevos creyentes.

Familias.

Líderes.

Maestros.

Evangelistas.

Pastores.

Misioneros.

Capellanes.

Servidores.

La misión debe mirar hacia adelante.

LOS LIBROS PUEDEN CONTINUAR HABLANDO CUANDO NOSOTROS YA NO ESTEMOS PRESENTES

Pablo escribió cartas.

Pedro escribió.

Juan escribió.

Lucas investigó y escribió ordenadamente.

Dios ha utilizado la palabra escrita durante generaciones.

Un maestro puede enseñar a un grupo de personas.

Pero un libro puede viajar.

Puede cruzar una frontera.

Puede ser traducido.

Puede entrar en una prisión.

En un hospital.

En una casa.

En una iglesia rural.

En una escuela de formación.

En una nación donde el autor nunca ha estado físicamente.

Por eso debemos utilizar todos los medios legítimos disponibles para anunciar y enseñar la verdad.

La predicación.

La enseñanza presencial.

La radio.

La televisión.

Los libros.

El audio.

El video.

Las plataformas digitales.

Los teléfonos móviles.

Los centros de formación.

La tecnología no es el Evangelio.

Pero puede convertirse en un vehículo para llevar el Evangelio.

EL CONOCIMIENTO DEBE CONVERTIRSE EN OBEDIENCIA

Santiago escribió:

“Sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”.

Santiago 1:22.

Usted ha terminado este libro.

Ha leído acerca del pecado.

La gracia.

La cruz.

El arrepentimiento.

La fe.

La justificación.

El nuevo nacimiento.

La adopción.

La santificación.

La perseverancia.

Ahora la pregunta es:

¿Qué hará con lo que ha aprendido?

La verdad que solamente admiramos, pero nunca obedecemos, no está cumpliendo su propósito en nosotros.

Por eso, al cerrar este libro, no cierre su corazón.

Continúe caminando.

Continúe aprendiendo.

Continúe obedeciendo.

SI HA RECIBIDO GRACIA, LLEVE GRACIA

Hay alguien cerca de usted que todavía necesita escuchar.

Tal vez es un hijo.

Una hija.

Un hermano.

Un compañero de trabajo.

Un vecino.

Una persona que vive lejos.

Alguien conectado por medio de una red social.

Alguien que está sufriendo en silencio.

No necesita tener todas las respuestas para comenzar a dar testimonio.

Puede decir:

“Quiero contarte lo que Jesucristo ha hecho por mí”.

Puede invitar.

Puede compartir un libro.

Puede enviar una enseñanza.

Puede orar.

Puede acompañar.

Puede llevar a una persona a una comunidad cristiana sana.

Puede comenzar.

SI HA SIDO FORMADO, AYUDE A FORMAR

No acumule conocimiento solamente para usted.

Pablo escribió:

“Esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros”.

2 Timoteo 2:2.

La multiplicación es parte del plan.

Uno forma a otro.

Ese otro forma a otros.

Y aquellos forman a más.

Así puede comenzar un movimiento.

No necesariamente con ruido.

No necesariamente con grandes recursos.

Sino con fidelidad.

Con doctrina sana.

Con oración.

Con carácter.

Con perseverancia.

Con amor por Cristo.

LA MISIÓN TODAVÍA NO HA TERMINADO

Todavía existen personas que nunca han escuchado claramente el Evangelio.

Todavía hay nuevos creyentes sin formación.

Todavía hay iglesias que necesitan recursos.

Todavía hay líderes que necesitan preparación.

Todavía hay familias esperando esperanza.

Todavía hay personas esclavizadas por el pecado.

Todavía hay corazones heridos.

Todavía hay ciudades.

Regiones.

Pueblos.

Idiomas.

Naciones.

La tarea es grande.

Pero Cristo prometió:

“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Mateo 28:20.

No vamos solos.

HASTA EL ÚLTIMO DÍA

Tal vez algunos tendrán muchos años por delante.

Otros no lo sabemos.

Nadie conoce exactamente cuánto tiempo tiene.

Por eso debemos vivir con propósito.

Pablo llegó al final de su carrera y pudo decir:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”.

2 Timoteo 4:7.

Esa debe ser nuestra meta.

No solamente comenzar emocionados.

Terminar fieles.

No solamente recibir.

Dar.

No solamente aprender.

Enseñar.

No solamente ser alcanzados.

Alcanzar a otros.

No solamente hablar de Cristo.

Vivir para Cristo.

DECLARACIÓN FINAL DEL LIBRO

He comprendido que la salvación es por gracia y que Jesucristo es mi única esperanza.

Creo que Él murió por nuestros pecados y resucitó.

Renuncio a confiar en mis propios méritos como fundamento de salvación.

Quiero crecer en la Palabra, en la oración, en santidad y en comunión con la familia de Dios.

Quiero vivir como hijo de Dios, dependiendo del Espíritu Santo y reflejando el carácter de Jesucristo.

No quiero ser solamente un oyente. Quiero ser discípulo.

No quiero guardar para mí lo que he recibido. Quiero ayudar a otros a conocer a Cristo.

Quiero crecer, servir, formar y multiplicar.

Quiero permanecer fiel hasta el final.

Mi vida pertenece a Jesucristo.

Mi esperanza está en Jesucristo.

Mi mensaje es Jesucristo.

Mi misión es llevar a otros a Jesucristo.

Y mientras Dios nos dé vida, oportunidades y puertas abiertas, seguiremos adelante.

Con humildad.

Con fidelidad.

Con amor.

Con verdad.

Con la Palabra de Dios.

Con el poder del Espíritu Santo.

Y con Jesucristo siempre en el centro.

¡Vamos con todo, con Cristo!

Contacto:

www.cristolibera.org

BIOGRAFÍA INSTITUCIONAL DEL FUNDADOR

Roger D. Muñoz es fundador del Cristo Libera Global Theological Institute (CLGTI) y del Ministerio Cristo Libera Internacional, con sede en **Seattle, Washington, Estados Unidos**.

Su labor ministerial está enfocada en la formación **doctrinal sólida**, la capacitación en liderazgo espiritual y el establecimiento **de ministros** con fundamento bíblico firme y estructura ministerial clara.

Bajo su dirección, el ministerio ha desarrollado una estructura internacional activa en màs de **30 naciones**, con programas de formación presencial y una **Escuela de Guerra Espiritual** online de alcance global. Mensualmente, miles de estudiantes reciben capacitación bíblica estructurada a través de sus plataformas educativas.

El **CLGTI nace** como una respuesta estratégica a la necesidad de formación teológica formal con estándares académicos definidos, **integrando enscñanza doctrinal**, evaluación estructurada y certificación oficial emitida desde Estados Unidos.

Su enfoque no es producir información, sino formar lideres preparados para servir con autoridad bíblica, madurez espiritual y responsabilidad ministerial en el contexto contemporáneo.

Desde Seattle, Washington, hacia las naciones.

Comparte este libro

Un recurso gratuito para leer, estudiar y compartir.

Puedes enviar este PDF completo a tus familiares, amistades, contactos y congregación. Conserva la autoría y los créditos de la obra al compartirlo.

Este material puede utilizarse como apoyo para el estudio personal y en grupos. Lee los pasajes bíblicos en su contexto y pon en práctica lo aprendido.

La biblioteca gratuita ofrece recursos de apoyo del Ministerio Cristo Libera. Las clases, las escuelas y los diplomados continúan su labor formativa.

Libros y recursos: www.cristolibera.org/libros

Campus Virtual: cursos.cristoliberainstitute.org

Roger D. Muñoz · Director Fundador · Editorial Cristo Libera